248

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL PRIMER CHOQUE

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1889

EL PRIMER CHOQUE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

[334:11]

EL PRIMER CHOQUE

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ANTONIO SANCHEZ PEREZ

Representada en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, la noche del 9 de Octubre de 1889

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1889

Al Sr. D. Pedro Boffill.

recuerdo del amigo antiguo y

del compañero revolucionario

A. Sandoval Vaca

A los periodistas de Madrid

Séame lícito, en gracia siquiera de mi condición de veterano de las huestes del periodismo, condición con la cual me envanezco, dedicar á mis camaradas esta obrilla que con tanta benevolencia juzgaron y ampararon tan cariñosamente.

Acéptenla todos como recuerdo de su compañero agradecido

A. Sánchez Pérez.

Gen. Los Stuan

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NEMESIA	Sra. D.ª Josefa Guerra.
CAROLINA	Srta. D.ª Julia Martínez.
CARMEN	» María Guerrero.
PEPITA	Sra. D.ª Carlota Lamadrid.
PETRA	Srta. D.ª Amparo Molina.
DON FELIPE	Sr. D. Emilio Mario.
CIPRIANO	» Ramón Rosell.
LORENZO	» Enrique Sánchez de León.
JUANITO	» Francisco García Ortega.
TOMÁS	» Francisco Urquijo.
UN CRIADO	» Antonio Píriz.

La acción se verifica en Madrid: los actos primero y tercero en casa de Don Felipe: el segundo en casa de Don Cipriano.

ÉPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

El teatro represetaa la habitación dc estudio preparada para Juanito. Ha de procurarse que haya en ella severidad, elegancia y bucn gusto; cuanto se considere nccesario para el trabajo y la comodidad de un estudiante de familia rica. Puerta al foro que comunica con el resto de la casa, lateral derecha, que da entrada al dormitorio de Juanito; á la izquierda balcón que ha de abrirse; cerca del balcón mesa de escribir sencilla pero artística y un sillón de despacho.

ESCENA PRIMERA

TOMÁS, poco después PETRA

Al levantarse el telón ha de advertirse movimiento de criados, tapiceros y ebanistas, que dan la última mano al arreglo de la habitación. Tomás inspeccionándolo todo.

TOM. Me parece que no se olvida nada. (Se dirige á Petra, que sale por la izquierda.) ¿Cómo ha quedado eso?

PETRA Como un ascua de oro.

TOM. Tratándose del señorito Juan, ya lo sabes, la señora es descontentadiza.

PETRA Ya lo sé; madres que quieran mucho á sus hijos las habrá, pero como la señora... (En tono confidencial.) ¿No le parece á usted, señor Tomás, que exagera un poco?

TOM. (Bruscamente.) ¡Bah! ¡Bah! eso no es cuenta tuya, ni mía. La señora quiere mucho á su

hijo; es natural. (Cambia de tono.) No diré que tanto cariño sea prudente; al cabo los muchachos todos son de la piel del diablo, y cuando se les mima, abusan; pero mejor parecen las madres cuando pecan por carta de más que cuando... y después, ¿á tí y á mí qué nos va ni qué nos viene en esto?

PETRA Es verdad; pero...

TOM. Calla: la señora.

ESCENA II

DICHOS y NEMESIA

NEM. (Desde dentro.) ¿Hemos concluído aquí? (Sale.) Buenos días, Tomás; hola, Petra: ¿cómo queda esto?

PETRA Muy bien, señorita.

TOM. Se ha hecho todo lo posible para que la señora esté contenta: me parece que el señorito vivirá aquí muy á su gusto.

NEM. De eso se trata. (Baja al proscenio y examina desde un extremo el conjunto.) A ver, á ver qué efecto hace: desde aquí no resulta feo. (Pasa al otro extremo.) Desde aquí tampoco parece mal. Se me figura que hay poca luz.

TOM. No hay mucha.

NEM. Bien que á estas horas...

TOM. Cierto; á estas horas...

NEM. El balcón es hermoso.

TOM. ¡Hermosísimo!

NEM. (Se asoma.) Las vistas no le distraerán gran cosa...

TOM. No, señora, no le distraerán.

NEM. El jardinillo de esta casa y la fachada de la inmediata; así es mejor.

TOM. Mucho mejor.

NEM. Cuando se trata de trabajar, lo que distrae molesta.

TOM. Vaya si molesta... (Nemesia, que hasta este momento ha dirigido la palabra más directamente á Petra, se queda mirando fijamente á Tomás, como si fuese á decirle algo; pero muda de intención.)

NEM. (Pues no tiene precio este hombre para sacar de dudas.) (Alto.) El sillón es cómodo. (Se sienta en él.) ¿No será demasiado bajo? (Hace ademán de escribir.) No; para mí lo sería un poco, pero Juanito es más alto que yo.

TOM. Más.

NEM. Pero, ¿usted conoce al señorito?

TOM. (Confuso.) No, todavía no; pero cuando la señora lo dice...

NEM. (Con sequedad.) Ya. Vamos á ver las otras habitaciones, Petra. (Se dirige á la puerta de la izquierda.)

TOM. (Se encoge de hombros.) ¡Bah! (Vase por el foro.)

ESCENA III

NEMESIA, PETRA y CARMEN

CARM. Muy elegante y de muy buen gusto. Buenos días, mamá. Recibe un beso y mil parabienes. Has hecho milagros. Ya sabemos que eres una santa.

NEM. Lisonjero amanece el día.

CARM. No son lisonjas. Te digo que mi señor hermano, el futuro ingeniero de... no sé qué, si no queda encantado con su jaula, dará pruebas de ser un pájaro muy exigente; pero qué, ¡estoy segura de que no tendrá tan mal gusto!

NEM. ¿Es decir, que te parece bien todo esto?

CARM. No me parece bien: eso no sería nada; me parece precioso... como dirigido por tí y hecho para él... Si yo fuese envidiosa acabaría por aborrecer á Juanito: le quieres mucho más que á mí. (Nemesia coge de la mano á Carmen y la lleva á una marquesita ó á un escaño en que ambas toman asiento.)

NEM. Carmen, no seas loca; ni aun en chanza quiero que digas tonterías. ¿No estás contenta con tus habitaciones?

CARM. Contentísima. (Sonríe.) Pero todo aquello lo he dirigido yo misma.

NEM. Y era muy natural, ya que estabas aquí y el

cuarto había de arreglarse á tu gusto. Juanito, el pobre, está lejos de nosotros hace seis años. Muy de tarde en tarde hemos ido á verlo, y me parece que le debíamos una compensación por las caricias que le han faltado. ¿No lo crees tú así, Carmen?

CARM. ¿Pues no he de creerlo? Si justamente estoy deseando que venga para darle dos ó tres abrazos muy apretados, ¡mucho!

NEM. Ya no puede tardar. (Pausa.) Y vamos á ver, señorita; ¿es ya hora de que sepa yo si se divirtieron ustedes anoche en el teatro?

CARM. ¡Pche! Así, así. (Carmen para pensativa y cabizbaja desde que principia este tema de conversación.)

NEM. ¿Nada más? (Con cariño.) ¿Pues cómo?

CARM. No me divierto nunca donde no estoy contigo.

NEM. Eres ingrata, Carmen; tu tía Pepita te quiere mucho.

CARM. Es verdad.

NEM. Y siempre está agasajándote.

CARM. Se lo agradezco.

NEM. No se conoce.

CARM. Tía Pepita me quiere mucho, ya lo comprendo. Yo la quiero tambien; pero...

NEM. Pero, ¿qué?

CARM. Que tía Pepita no eres tú... y que yo no vuelvo á ir al teatro sin tí.

NEM. Carmen, ¿qué te sucedió anoche?

CARM. Nada, mamá.

NEM. Mira, hija mía, quiero que me digas la verdad.

CARM. Pues, ya te la he dicho.

NEM. No completa. Tú me ocultas algo. ¡A mí! ¡A tu madre! Eso no está bien hecho.

CARM. ¡Si no te oculto nada!

NEM. ¿No tienes ya confianza en mí?

CARM. ¿No he de tenerla?

NEM. Dime entonces lo que te sucede.

CARM. Pero, mamá, ¿no te digo que no me sucede nada? ¡Ay, Dios! ¿Cómo tiene una que decir las cosas?

NEM. ¡Niña, que estás hablando á tu madre!

CARM. ¡Perdóname! He sido (Besándola.) muy loca;

lo soy siempre; pero tú no te enojas conmigo, ¿verdad?

NEM. No, hija mía, no. (Aquí hay algo que es necesario averiguar.) (Rato de silencio. Carmen tiene como maquinalmente un libro y comienza á hojearle distraída. Nemesia se levanta, y sin perder de vista á su hija, hace como si arreglase cortinones, transparentes y muebles.)

CARM. Dí, mamá; ¿conoces tú el lenguaje de las flores?

NEM. ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué (Riendo) me preguntas eso?

CARM. Por nada. (Afecta indiferencia.) ¡Sabes tantas cosas! Pensé...

NEM. No digas niñerías, Carmen; eso es de mal gusto. Pero supongamos que yo conociese ese lenguaje... ¿Qué tenemos?

CARM. Nada. Anoche ofrecían á una señorita que estaba en un palco inmediato al nuestro una gardenia, y quería yo saber si eso significaba algo.

NEM. Pues, hija, lo siento muy de veras, pero no puedo satisfacer tu curiosidad. Jamás entendí más lenguaje que uno; creo que con este basta y aun en muchas ocasiones sobra. (Nueva pausa; transición; tono indiferente.) ¿Y no viste á ninguna persona conocida en el teatro?

CARM. No... es decir, ví á Lorenzo.

NEM. Buen pícaro está mi señor sobrino, que nos tiene olvidados hace tanto tiempo.

CARM. Le dije que hoy llegaba Juanito y me prometió venir á verlo.

NEM. ¿Estuvo en el palco?

CARM. Sí, un rato. (Continúa hojeando el libro. Pausa. Nemesia mira fijamente á Carmen, que se enjuga una lágrima.)

NEM. ¿Estás llorando? Contigo no gana una para sustos. Hace un momento estabas alegre, y ahora... Que se varíe, bueno; pero no tan pronto. (Sentándose á su lado y acariciándola.) Vamos, Carmen, ten confianza en mí. ¡Te quiero tanto!...

CARM. ¡Mamá, mamá! ¡Soy muy desgraciada!

NEM. Ya me hago cargo. (Sonriendo con cariño.) Eres hermosa, eres joven, eres rica, tienes un padre que te adora, una madre que sólo piensa en tí... de modo que si hay una mujer más desgraciada que tú en el mundo, venga Dios y lo vea.

CARM. Eso es... búrlate.

NEM. ¡Loca! (Cogiéndola la cabeza y besándola.) ¿Puedes tú creer que me burlo de tus penas? No me burlo de ellas, hija mía. Las cuento nada más. (Sonríe bondadosamente.)

CARM. ¡Ay!

NEM. ¡Sí habrá! Pero necesito que me lo cuentes. Así... (Carmen sonríe.) Eso me gusta, que empieces á reirte.

CARM. Pues no estoy para reirme, te lo aseguro.

NEM. Díme, díme lo que te sucede. ¿A quién mejor?

CARM. ¡Padezco tanto!...

NEM. Eso ya me lo has dicho antes. ¿Qué más?

CARM. Y tengo muchas ganas de llorar.

NEM. Ya lo veo; continúa.

CARM. ¿Para qué? Bien conozco que no comprendes mi dolor.

NEM. ¡Es claro! (Siempre sonriendo con bondad.) ¿Quién va á comprender esos dolores de las niñas? (Transición.) Al contrario, hija mía, al contrario; precisamente porque los comprendo bien, me río de ellos. Yo he sido muchacha también; no vayas á figurarte que fuí siempre vieja como ahora, y también he sido muy desgraciada, como tú; y he tenido muchas ganas de llorar... en fin, enteramente lo mismo. (Melancólica.) Pasarán años, y cuando tengas arrugas parecidas á estas; cuando tus cabellos se hayan vuelto blancos, lo mismo que los míos... también te reirás de estos padecimientos que tan horribles te parecen. Entonces, hija mía, ya no viviré... no estaré ya á tu lado para decirte: «¿Lo ves, Carmen, lo ves?» Esas penas, como todas, y más que algunas, son pasajeras... Conozco bien esos dolores, pobre niña... ¿De qué me servirían mi experiencia y mis años si no los

conociese? A tu edad todas las penas tienen un solo nombre: amor. ¿Estás enamorada, verdad?

CARM. ¿Yo? (Ruborizada.)

NEM. Sí; estás enamorada de Lorenzo... ¿He adivinado? (Carmen oculta el rostro en el seno de su madre.)

CARM. Creo que sí.

NEM. Ya ves si comprendo tus grandes penas, que nada tienen de incomprensibles... ni de grandes.

CARM. ¡Pero si es que Lorenzo no me quiere!

NEM. ¿Qué sabes tú de eso? ¡Tontuela! ¿Pues qué ha de hacer sino quererte? Y te quiere, vaya si te quiere... sólo que no se dá razón de ello; te ha conocido niña y se figura que su cariño es cariño de hermano.

CARM. ¿Sí? (Animándose.)

NEM. ¡Sin duda!

CARM. ¡Ah! Deseo creerte... ¡Sería yo tan feliz creyéndote!... (Con desaliento.) ¡Pero, mamá, si no puede ser... si él quiere á otra!

NEM. ¿Eh? ¿A otra? ¿A quién?

CARM. A Pepita. (Acercándose á ella.)

NEM. ¡Jesús! ¡Niña! (Con severidad.) No digas locuras... ni las pienses.

CARM. Si tú le hubieras visto anoche en el teatro... estuvo tan expresivo con ella... A mí, apenas me dirigió la palabra. Hoy ha enviado á Pepita una maceta preciosa...

NEM. ¡Repito que eso es una locura! Tú has... ¿qué ocurre?

ESCENA IV

DICHAS y TOMAS

TOM. El señorito Lorenzo ha llegado.

CARM. Que pase. (Con viveza.)

NEM. Sí, que pase. (Con más calma y sonriendo.)

TOM. Espera en la sala.

CARM. Vamos. (En actitud de salir y enjugándose los ojos.)

NEM. Pues que no espere. ¡Hágale usted entrar aquí!

TOM. Está bien. (Vase.)

ESCENA V

DICHAS, luego LORENZO

NEM. (No sería una desgracia si él también...)

LOR. ¿Me deja usted que la abrace tía?

NEM. Abraza, pero sin apretar mucho.

LOR. Buenos días, primita, ¿estamos de mejor humor que anoche?

CARM. Yo no estaba de mal humor.

LOR. ¿No? Pues mira, Carmen, lo parecía. Y te advierto, para que lo tengas en cuenta, que cuando te enfadas...

CARM. Parezco muy fea.

LOR. Eso no; tú nunca puedes parecer fea; pero estás mucho menos bonita. Hoy, vamos, esa es otra cara... (Mirándola fijamente.) ¡Está usted encantadora, primilla!

NEM. Pero, sobrino, ¿acabarás de tener juicio alguna vez?

LOR. Si no he principiado todavía. Conque, sepamos... ¿Cuándo llega Juanito? Yo pensé encontrarlo aquí.

NEM. Esperándole estamos. No debe de tardar. Su padre y su tío han bajado á la estación. Es posible que hayan acompañado al Padre Juan Antonio.

LOR. Tengo muchas ganas de verlo.

NEM. Pues figúrate las que tendré yo.

CARM. Dí nosotras, mamá.

NEM. Es verdad, nosotras; no te enfades.

CARM. No, si no me enfado; es que como ustedes se lo dicen todo, parece que una está de non.

LOR. ¿Qué tal? Cuando digo que mi prima va echando mal genio (En broma.)

CARM. Y mi primo Lorenzo adquiriendo muy malos modales.

LOR. Gracias.

CARM. Es claro; antes me dices que soy fea, ahora

que tengo mal caracter; estas cosas, aunque sean verdad, á nadie se le dicen, porque no gustan.

LOR. (Que varias veces ha querido interrumpir á Carmen.) ¿Hablo ó no hablo?

CARM. Habla lo que quieras... Siempre ha de ser para decirme algo desagradable.

LOR. Pero ¿oye usted esto? (A Nemesia.) Salga usted á mi defensa, tía. Protesto enérgicamente.

NEM. Sois dos chiquillos sin pizca de sentido común. No quiero que Juanito encuentre hoy en casa... caras enojadas... Ea, se acabó; daos las manos y haced las paces.

CARM. (Sonríe.) Te obedezco, mamá, y si Lorenzo quiere, ahí está mi mano. (Tendiéndosela.)

LOR. (Con efusión.) Pues si estoy deseándolo; aquí están las dos mías. (Se cogen las dos manos y permanecen cogidos un instante.)

CARM. ¿De qué te ríes?

LOR. Estoy acordándome de cuando nos cogíamos así para hacer el molinillo... no, el molinete. (Hacen ademan de dar vueltas.)

NEM. A ver si estais quietos, vais á estropear la alfombra.

CARM. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA VI

DICHOS y PEPITA

PEP. ¿Qué algazara es esta? ¿Vino ya el colegial?

CARM. (Mi tía, ¡qué fastidio!)

NEM. Todavía no, pero ha venido quien de seguro tiene menos juicio que él; mi sobrino Lorenzo. Pepita, mi hermana política. (La presenta.)

PEP. Buenos días, Lorenzo. Ya nos conocíamos hace tiempo. (Á Nemesia.)

LOR. ¿Ha descansado usted?

PEP. ¿Descansar? ¡Bah! ¿Y de qué? Una noche de teatro no es gran fatiga... sobre todo, cuando no se hace caso de la función... ¡Ah, y mil gracias por su recuerdo de esta mañana!

LOR. ¡Bah! ¿Quiere usted avergonzarme? Eso no merece...

PEP. Sí, merece; es una gardenia preciosa. (A Nemesia.) Ya la verás cuando vayas á casa; tú que eres voto, juzgarás; te digo que es lindísima.

CARM. (A Lorenzo.) ¿Y se han acabado ya las macetas de tu estufa?

LOR. No; ¿quieres alguna?

CARM. Todas. (Con violencia.) Es decir, yo no quiero ninguna. ¿Para qué quiero yo tus gardenias?

LOR. (A Carmen.) Pues, cualquiera te entiende.

CARM. Claro; soy yo muy torpe y me explico muy mal. (Continua la controversia en voz baja.)

ESCENA VII

DICHOS y CAROLINA, con lío de ropa

CAR. (Desde la puerta.) ¿Dan ustedes su permiso?

NEM. Adelante. Carmen, aquí está Carolina. (Carmen que está distraída hablando con Lorenzo.)

CARM. (Bendito sea Dios, qué oportunos están hoy todos.)

CAR. (A Carmen tímidamente.) Señorita.

CARM. (Con desabrimiento.) ¿Qué hay?

PEP. Lorenzo, haga usted el favor de acercarse á las personas serias; ¡necesito instrucciones para que no se muera aquella planta tan hermosa!

LOR. El interés que usted se toma por ella es su sólo mérito. (Se aproxima á ella y hablan con bastante animación. Carmen no los pierde de vista.) (¡Como me agrada esta mujer; y me parece que yo no la disgusto! ¡Pche! ¡Veremos!)

CAR. Venía para que probásemos el abrigo...

CARM. Ahora no puede ser; ¿no vé usted que no puede ser?

CAR. Creí que...

CARM. Mal creído; cuando se está con visita no es ocasión de...

CAR. Como la señorita dijo que lo quería pronto...

CARM. ¡Dale!... Pronto lo quiero, pero no puedo

probármelo ahora. (Mi dichosa tía no se cansa de hablar.)

CAR. Esperaré.

CARM. Es inútil; hoy llega mi hermano y no es día de...

CAR. Hágame usted el favor de decirme cuándo puedo volver.

CARM. (Sin oirla.) Pero, eso es ya demasiado.

CAR. ¿Mañana?

CARM. (Muy excitada.) Cuando usted quiera... ó nunca—pero déjeme en paz.

CAR. (Afligida.) Perdone usted, señorita.

CARM. Está usted perdonada.

CAR. Buenos días. (Carolina saluda y se dirige á la puerta. Nemesia se aproxima sin ser notada á Carmen, y ha oído las últimas frases.)

NEM. Carmen, has tratado mal á esa pobre joven; es necesario que le pidas perdón.

CARM. ¿Yo? y ¿por qué?

NEM. Primero, porque has cometido una falta; después, porque yo te lo mando. (Con mucha energía.)

CARM. ¡Carolina!

CAR. (Vuelve desde la puerta.) ¿Quiere usted algo, señorita?

CARM. ¡Quiero que haga usted el favor de dispensarme!

CAR. ¿Yo... señorita?

CARM. Ya sabe usted que no tengo por costumbre ser desatenta; estaba preocupada y no supe lo que decía; lo repito, perdóneme usted.

CAR. Usted ha sido siempre muy buena para conmigo, y yo no podré olvidar nunca lo que le debo.

CARM. Y en desquite voy á proporcionar á usted una parroquiana excelente. (Alza mucho la voz.) ¡Pepita! (Asombro en todos los circunstantes.)

LOR. ¿Qué pasa?

PEP. ¿Qué quieres?

CARM. Si lo permite mi primo, quiero presentar á usted á una joven que tiene manos primorosas.

PEP. (Se levanta y vá hacia ellas.) Con mucho gusto.

CARM. (¡Gracias á Dios!) Esta señorita es una de las

mejores modistas de Madrid. No tiene obrador porque carece de recursos; pero hay muy pocas, quizá ninguna, que pueda competir con ella. Se la recomiendo, más que para favorecerla, pues tiene trabajo sobrado, para servir á usted, que es descontentadiza en esto, y que me dará las gracias.

CAR. La señorita Carmen es muy bondadosa y exagera mi habilidad, pero respondo de hacer lo posible para dejarla bien.

PEP. Pues, trato hecho. Mañana mismo vaya usted á casa y le encargaré algo: llega usted con oportunidad; necesitaba...

CAR. ¿Y dónde?

PEP. Aquí al lado; la casa inmediata á esta. Este es el número 15; en el 17.

CAR. Pues mañana sin falta vendré. ¡Señora! (Saluda.) Señorita, gracias. (A Carmen.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos CAROLINA

PEP. Parece buena chica.

NEM. Es una muchacha excelente.

CARM. ¿Estás satisfecha? (A Nemesia.)

NEM. Sí; pero procura dominar esos arranques; bueno es pedir perdón, pero es mejor no necesitarlo. (Se oye ruído de carruaje.) Ya están ahí. (Gran movimiento de dispersión. Nemesia sale precipitadamente por el foro. Lorenzo la sigue, pero se queda en la puerta. Carmen y Pepita abren la ventana y se asoman á ella,)

ESCENA IX

CARMEN, PEPITA, LORENZO

LOR. Ellos son. Ya veo (A gritos.) á Juanillo, ya le veo... Lástima no tener á mano alguna cosa para hacer las salvas... ¡Pum, pum!

PEP. Pero, chica, ¡si está hecho un hombre!

CARM. ¡Vaya!

PEP. ¿Qué pasa? ¿No es aquella la costurera?

CARM. Sí.

PEP. ¿Qué le sucede?

CARM. No sé; parece que se desmaya. Ya se acercan á socorrerla.

PEP. Algún mareo. (Ruído de voces que se aproximan.)

ESCENA X

DICHOS, NEMESIA, JUANITO, CIPRIANO, FELIPE, criados y mozos que entran con equipaje y salen sin él.

JUA. (Que da el brazo á su madre.) Buenos días, hermanita. (La abraza.) Felices. (A Pepita.) Caramba qué guapa está usted, tía.

CARM. (A Juanito.) Muchas gracias.

JUA. No, si tú estás muy guapa también.

NEM. Pues ya ha tomado usted posesión de su cuarto, caballero.

JUA. ¿Pero es este mi cuarto? ¡Caracoles! ¡qué lujo! ¡y qué *confort!* Por allá los elegantes nombramos de ese modo á la comodidad. (Lo mira todo.) Ya sé quién ha dirigido todo esto: tú. (A Nemesia. Le coge las manos y se las besa muchas veces.)

PEP. ¿Y puede saberse qué le ha sucedido á esa joven?

FEL. Nada, querida esposa... un mareo... ¡Los nervios! Ahora hasta las muchachas del pueblo han dado en ser nerviosas

JUA. Pero, tío, ¿antiguamente las mujeres no tenían nervios?

FEL. ¡Muñeco!

CARM. ¿Y cómo está?

NEM. Mejor; mandé á Tomás que avisara al médico y dispuse que la preparasen una cama en el piso de abajo... No será nada.

JUA. Pobre muchacha... á mí me ha dado mucha lástima... estaba horriblemente pálida y... Luego preguntaremos cómo sigue, ¿verdad?

NEM. Sí, hijo mío, así que venga el médico.

LOR. ¿Cuánto va que ya no recuerdas quién soy?

JUA. ¿Cuánto va que sí? Tú eres Lorenzo.

LOR. Pues sí se acuerda. ¡Y yo que presumía haber variado mucho!

JUA. Y vaya si has variado; pero yo soy buen fisonomista; te quito con la imaginación ese magnífico bigote y esas patillas espesas, y te veo tal y como eras cuando te dignabas alguna vez que otra jugar y alternar con nosotros los chiquillos. (A Carmen) ¿Verdad que está muy guapo? (Carmen no contesta y se ruboriza.) No sé si habré dicho alguna tontería... ya me acostumbraré á vuestras mañas... hoy es preciso que me dispenseis; tenía tantas ganas de hablar...

LOR. En fin, ya te he dado un par de abrazos: tú necesitas descansar, y yo tengo que hacer... Ya nos veremos... ¡Adiós!

CIP. ¿Vendrás á comer?

LOR. Si usted lo permite.

CIP. Lo permito y lo mando. Hoy deseo que celebremos en familia la llegada del Benjamín de la casa.

LOR. Pues está dicho, y es una razón de más para que deje á ustedes cuanto antes. Señoras (A Pepita.) hasta luego. (Estrecha muy expresivo su mano.) (Lo dicho, esta mujer me gusta mucho... y creo que...) Adiós. (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS menos LORENZO

NEM. Comprendo que necesitas descansar, pero conviene que tomes antes algún alimento. Están preparándolo; entre tanto, si tienes fuerzas, voy á enseñarte la casa.

JUA. ¡Pues no he de tenerlas! Y si me fatigo demasiado me sostendreis vosotras. ¡Me debeis tantos abrazos!

PEP. Corriente, yo voy de batidor. Por aquí. (Vanse Pepita, Nemesia, Carmen y Juanito.)

ESCENA XII

CIPRIANO y FELIPE

CIP. ¿Y qué me me dices del colegial?

FEL. ¿Qué voy á decirte? ¡Que viene hecho un guapo mozo!

CIP. Y de mucho provecho.

FEL. Basta que su padre lo diga.

CIP. No lo digo yo, lo aseguran sus maestros. Ya has oído lo que nos decía el Padre Juan Antonio. Ellos han hecho todos los esfuerzos imaginables para tenerle allí otro par de años.

FEL. Hombre, sólo eso nos faltaba.

CIP. No; yo, aprovechando la venida á Madrid de ese hermano del director, les escribí que una separación de seis años me parecía suficiente.

FEL. Y tan suficiente: han sobrado media docena.

CIP. ¡Bah! Hoy tienes mal humor.

FEL. No lo tenga muy bueno.

CIP. Por variar. Cuatro días hace que llegaste á Madrid y aún no te he visto contento cinco minutos. Has cambiado mucho.

FEL. Como tú. Los años no pasan en balde. Además, ya lo sabes, hasta que consiga dar con la familia de mi pobre amigo Carlos de Ariza, no estaré tranquilo ni me verás concontento. Y hoy, ¿qué quieres? La llegada de tu hijo, las caricias de su madre... la alegría de esta casa... todo esto ha evocado en mi alma el recuerdo de Carlos... También él estuvo muchos años separado de su familia... También salió del colegio hecho un sabio... (Con amargura.) y poco tiempo después...

CIP. ¿Quieres irte al infierno con tus historias lúgubres?

FEL. Me has preguntado y te contesto.

CIP. Pero me contestas sin oportunidad. ¿A qué viene ahora el recuerdo de Carlos? Muy buen muchacho, no lo niego; pero tronera y atolondrado. Además, Juanito no piensa seguir la carrera de las armas.

FEL. ¿Qué sabes tú de lo que él piensa, si lo has tenido seis años lejos de tu casa? Eso, eso fué lo que perdió á Carlos; la educación lejos de su familia.

CIP. Es decir que el padre ha de ser maestro de sus hijos. ¡Bonito sistema! Si el padre no sabe nada, mejor; así el hijo será toda su vida un ignorante y tendrá menos quebraderos de cabeza.

FEL. No he dicho tal despropósito. Para instruir, los maestros; para educar, los padres: no hay otro camino. A luchar con las olas se aprende en el mar, no en la escuela; á batallar con los hombres se aprende en la sociedad, no en el colegio. La ciencia del mundo adquirida en las aulas, se parece mucho á la agricultura estudiada en un gabinete: no sirve para nada. ¿Querías que tu hijo viviera en un convento, ó en el mundo?

CIP. Pregunta ociosa: de sobra sabes que ha de vivir en el mundo.

FEL. Pues la ciencia de esa vida mundana, la educación social se adquiere aquí, en la casa, al lado de los padres; gozando en sus alegrías, padeciendo con sus tristezas, tomando parte en sus tribulaciones. Eso, eso... Lo que ha hecho tu mujer: mira cómo Nemesia, que tiene más juicio que tú, no ha querido separarse de su hija; perfectamente hecho; sí, señor.

CIP. El colegio de esos padres...

FEL. Déjame ahora de padres... Para educar á tu hijo no hay más padre que tú... ¡En el colegio! Calla, hombre, calla... ¿Lo educarán bien? ¿Lo educarán mal? Es lo mismo. El muchacho saldrá hecho un angel, ó saldrá hecho un demonio, y como en el mundo no hay demonios ni ángeles, sino mujeres y hombres, al trasplantar á tu hijo desde la vida del artificio á la vida de la realidad... entre ésta y aquella han de producirse choques frecuentes... El más terrible de todos es el primero... Cuenta con él.

ESCENA XIII

DICHOS, NEMESIA, CÁRMEN, PEPITA y JUANITO

JUA. Ya estamos de vuelta... ¿pero no hemos sabido cómo sigue esa pobre muchacha?

NEM. Preguntaremos... ya que tanto te interesas por ella. (Toca el timbre.)

JUA. La verdad es que me ha dado mucha lástima y me ha impresionado verla desmayada... es natural... era la primera persona que veía al entrar en casa... además á mí me ha parecido que tenía un aire tan humilde y cara de bondad.

NEM. No... si buena y modesta lo es mucho.

ESCENA XIV

DICHOS y PETRA

PETRA ¿Llamaba la señora?

NEM. ¿Cómo sigue esa joven?

PETRA Está ya bien; acaba de marcharse.

JUA. Pero, ¿la han dejado ir sola?

PETRA No ha permitido que la acompañasen: dijo que no había sido nada.

CIP. Bueno sería enviar á su casa.

JUA. Eso es.

NEM. El caso es que yo no sé dónde vive ahora; se ha mudado hace poco y aún no había traído su tarjeta. Vea usted (á Petra.) si alguno sabe las señas de su casa.

PETRA Voy en seguida. (Vase.)

ESCENA XV

DICHOS menos PETRA

JUA. (Se dirige á un sillón en que hay un neceser y saca unos papeles.) Ahora van ustedes á ver el procedimiento de que venía hablándoles y que

empleábamos en el colegio para hacer nuestro periodiquito... Aquí está el papel preparado, aquí la pluma, esta es la tinta. Ahora, atención. (Juanito escribe; Pepita, Nemesia y Carmen forman grupo silencioso al rededor de la mesa.) Ustedes han visto que yo solamente he escrito en una hoja; pues vayan ustedes viendo. (Reparte varias hojas y se queda con una.) A ver si dice en todas... «Muy bien hallados, ¿quieren ustedes darme de almorzar?»

NEM. Es curioso esto.

JUA. Es una invención excelente. De ella nos valíamos en el colegio para escribir en poco tiempo varios ejemplares del periódico.

FEL. ¿En eso os entreteníais allá?

JUA. Sí; en eso y en otras cosas. El periódico le escribían siempre los que estaban castigados, porque eran los que tenían más coraje para hacerlo.

CIP. ¿Y os castigaban á menudo?

JUA. ¡Pch! Regular. Luego nos perdonaban casi siempre. Lo que el director no perdonaba nunca era la mentira. Colegial á quien se cogía en un embuste... ya lo sabía: sin principio y sin postre. Y no le valían súplicas ni ruegos. Para el embustero no había perdón.

FEL. La mentira es, en efecto, un vicio repugnante; pero á veces...

CIP. Oye, no nos propines (á Felipe.) un discurso, que el muchacho está muriéndose de hambre.

ESCENA XVI

DICHOS y TOMÁS

TOM. Señor...

CIP. ¿Qué ocurre?

TOM. El conserje de la casa de al lado trae esta tarjeta para la señorita.

PEP. A ver... (Lee.) Son los de Roldán. (A su marido.)

FEL. Pues yo no puedo recibirlos.

PEP. Y yo no quiero.

FEL. Nada, no nos has (A Tomás,) encontrado aquí.

PEP. Eso es; diga usted que ya hemos salido.

TOM. El conserje dice que (A Cipriano,) han preguntado también por los señoritos, y están ahí.

CIP. ¿Por nosotros? (Muy alarmado.)

TOM. Sí, señor.

CIP. ¡Bah! Yo no tengo ahora humor de visitas... quiero almorzar con mi estudiante.

NEM. Diga usted que tampoco estamos.

TOM. Está bien. (Juanito, que ha escuchado todas estas órdenes, con gran extrañeza se queda mirando á su padre y á su tío.)

JUA. Pues, señor; quedan ustedes castigados sin principio y sin postre... por mentir. (Todos ríen.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala lujosa y artísticamente amueblada, en casa de Felipe. En el fondo gran balcón, que da paso á una especie de invernadero, en el cual ha de haber macetas varias, tiestos de distintos tamaños y algunas plantas tropicales. A la derecha dos puertas: una que da al exterior y otra que comunica con las habitaciones de Felipe; á la izquierda una puerta, que comunica con la habitación de Pepita.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, JUANITO. Traje de calle.

PEP. Buenos días, sobrino.

JUA. Muy buenos, tiita: ¿sale usted, ó entra?

PEP. Entro.

JUA. ¿Venimos de practicar nuestros deberes religiosos? (Indicando con el gesto el libro que trae Pepita.)

PEP. Justamente.

JUA. Supongo que no se habrá marchado mi tío.

PEP. Supongo lo mismo.

JUA. Porque prometió esperarme.

PEP. ¡Oh! pues en ese caso, estoy segura de que no ha salido. (En son de seriedad cómica.) ¿Traeis algún negocio entre manos?

JUA. (Enojado.) ¿También usted? Pues, señor, esto de burlarse del prójimo es aquí, por lo visto, el pan nuestro de cada día. (Cambio de tono.) No, señora, no traemos mi tío y yo ningún

negocio entre manos; como que yo no soy hombre de negocios todavía; pero sin necesidad de eso, puede el tío haberme ofrecido, por ejemplo, llevarme hoy al Palacio del Congreso, donde me han dicho que hay muy buenos cuadros.

PEP. (Sonriendo.) Verdaderamente allí no faltan cuadros.

JUA. (Receloso.) Vamos, se conoce que he dicho alguna otra majadería.

PEP. (Cariñosa.) No te enojes, hombre; si es broma.

JUA. No me enojo; pero como llueve sobre mojado...

PEP. ¡Qué tonterías tienes!

JUA. No son tonterías... Anoche, usted lo vió, quiso papá celebrar mi llegada convidando á dos ó tres amigos y á ustedes... Pues ¿qué se hizo en toda la noche sino reir á mi costa?

PEP. Pues, hijo, te equivocas: allí nadie hizo más que celebrar la oportunidad de tus contestaciones y la gracia de tus ocurrencias.

JUA. (Pensativo.) Eso sería... eso sería... cuando usted lo dice; pero á mí me pareció burla; y esto me puso de un humor... Porque decía yo: Señor, si se tratase de un muchacho presuntuoso, que se las quisiera echar de persona seria y de... vaya con Dios... pase que se hiciese burla; pero á mí, ¿por qué? Puede usted creerme, tía Pepita, momentos hubo en que... ¡parece imposible! eché de menos el colegio. Allí, todos me comprenden y nadie se ríe de lo que digo... ¡Buen rato me hicieron ustedes pasar!... ¡bueno!!

PEP. Lo cual prueba, querido sobrino, que te falta trato de gentes.

JUA. Es posible.

PEP. Es seguro. Cuando lo adquieras, no te ocurrirá confundir una broma de buen género con burlas necias, para las cuales jamás hay motivo, y ayer lo había menos que nunca. Sí, señor sobrino, sépalo usted; lo que ocurrió anoche fué precisamente lo contrario de lo que usted supone.

JUA. ¿Pues?

PEP. Lejos de mofarnos de usted, le juzgamos todos persona muy agradable.

JUA. ¿De veras, tía? (Muy contento.)

PEP. Muy de veras, sobrino. ¿O te figuras que me burlo?

JUA. No; pero... vamos... como después ví á mi padre así... distraído... y como mi madre y mi hermana lloraban...

PEP. ¿Lloraban?

JUA. Vaya si lloraban. Ellas me dijeron que no tenían nada y que... en fin... no quisieron ser francas; pero de que lloraban estoy seguro.

PEP. ¿Y por qué?

JUA. ¿Qué sé yo? (Queda pensativo y como hablando consigo mismo.) Como no fuese por la carta... Pero no...

PEP. (Sobresaltada.) ¿Qué carta?

JUA. Nada, una tontería de Lorenzo; pero no es posible.

PEP. ¿Quién sabe?... Díme eso, díme.

JUA. Pues nada, que Lorenzo se conoce que anoche entró en mi cuarto y escribió una carta. Como yo había dejado por olvido el papel de nuestro periodiquillo del colegio... ¿Se acuerda usted?

PEP. Sí, acaba.

JUA. Pues nada, que mi pobre primo creyó escribir una carta y escribió dos.

PEP. ¿Nada más?

JUA. Nada más; porque no había más papeles debajo.

PEP. ¿Y esas cartas? (Con ansiedad.)

JUA. Una se llevó él, otra la encontré yo.

PEP. Y... ¿para quién era? (Alarmada.)

JUA. No tenía nombre.

PEP. (Respirando tranquila.) ¡Ya! Y tú, por supuesto, en seguida lo contarías á todos... (Inquieta.)

JUA. ¡A todos! ¡A todos! No, señora, que no se lo conté á nadie; solamente se lo dije á mi madre y á mi hermana. (Pausa.) Y después á mi padre, que por cierto me contestó que á él no le importaban esas niñerías. No sé si cuando lo dije á mis padres habría por allí algún criado.

PEP. Vamos, que en tu casa lo saben ya hasta los gatos. (Movimiento de protesta de Juanito.) Pues bien, te aconsejo que á nadie hables nunca de esa carta. En hablar de ciertas cosas hay siempre algún peligro.

JUA. ¿Peligro de qué? (Con extrañeza.)

PEP. Peligro quizá de ser cómplice en algo indigno.

JUA. Eso no puede ser.

PEP. ¿Por qué?

JUA. El que ha escrito la carta es Lorenzo.

PEP. ¿Y qué?

JUA. Que Lorenzo no es capaz de hacer nada que ni aun de lejos se parezca á una indignidad.

PEP. ¿Y quién responde de eso, hijo mío?

JUA. ¿Quién? En primer lugar yo, que lo conozco. Después mis padres, que lo reciben en su casa, y. .

PEP. Bien; pero... no sabes...

JUA. No vaya usted á decirme ahora, como antes, que me falta trato de gentes... todo ese trato de gentes no podría explicarme nunca que mis padres recibieran en su casa y agasajasen del mismo modo á los hombres honrados y á los que no lo sean.

ESCENA II

DICHOS, FELIPE

FEL. ¿Qué nos dice el doctor Juanito?

PEP. (Aparte á Juan.) Ni una palabra de esto.

JUA. (Aparte á Pepita.) Descuide usted. (Alto.) Había dicho á mi tía que usted me ofreció ayer llevarme al Congreso.

FEL. Es mucha verdad que lo ofrecí, tan verdad como lo es que siento no poder cumplirlo; ¡qué diablos!

JUA. Entonces vuelvo á casa.

FEL. Corriente... Pero como lo que yo tengo que hacer no durará mucho, puedes venir después y te cumpliré lo prometido.

PEP. ¿A dónde vas?

FEL. He recibido carta de Pepe Hernández y me

dice... verás... (Saca una carta y lee.) «Tengo entendido que Carlos Ariza dejó viuda y un hijo; pero nada puedo asegurar con certeza. Si usted se pasara por aquí y nos facilitase datos y noticias, de que carecemos, quizá las investigaciones serían más rápidas y de mejores resultados.» Conque voy... (A Juan.) Sí, sobrino, sí; se trata de cumplir obligaciones de amistad y de pagar deudas de gratitud; ¿qué dice usted á esto?

JUA. Que es más interesante que ver cuadros.

FEL. Perfectamente contestado. Has de saber que ese Carlos de Ariza fué mi compañero de colegio, mi camarada en el ejército, mi hermano siempre. Juntos hicimos la guerra, en una acción misma fuimos heridos, simultáneamente recibimos la primera condecoración sobre el campo de batalla (Pausa.) y unidos conspiramos también...

JUA. ¿Pero usted ha conspirado, tío?

FEL. Sí; un poco.

JUA. ¿Siendo militar?

FEL. Pues por eso.

JUA. Creía yo que no era lícito...

FEL. Es discutible. Muchos predican eso; pero lo creen pocos, y casi ninguno lo practica. Pero estoy explicándote un curso de disciplina militar. Tú aprenderás todo esto y muchísimo más, andando el tiempo. Lo que te decía es que Carlos, á quien debí no ser fusilado, murió en la emigración arruinado, desvalido. Yo andaba por aquel entonces emigrado también por la política; maldita sea ella una y mil veces, y nada pude hacer en favor suyo. Cuatro días hace que he regresado á Madrid convertido en personaje y quiero saber si, como sospecho, la familia de mi amigo carece de recursos... porque la mitad de mi fortuna pertenece á los herederos de Carlos. (Pausa.) ¿No te parece que es interesante mi visita al ministerio de la Guerra?

JUA. Me parece interesantísima; vaya usted cuanto antes.

FEL. ¡Bravo! Verás tú, Pepita, cómo este arrapiezo y yo acabamos por ser muy buenos amigos. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA III

PEPITA y JUANITO

PEP. Ahora, créeme Juanito, no hables á nadie de esa carta.

JUA. Así lo haré, por dar á usted gusto.

PEP. Gracias; y haz lo posible por olvidar su contenido.

JUA. Olvidado está casi por completo... Si apenas me enteré; había algo de colocar una maceta en una ventana, la *maceta de ayer*, así estaba escrito y subrayado. Eso serviría de señal de que se otorgaba una cita... y no recuerdo más. Al fin y al cabo... todo eso me importaba ¡tan poco! Adiós, es decir, hasta luego. (Vase.)

ESCENA IV

NEMESIA y PEPITA

NEM. (Muy agitada.) Buenos días, Pepita.

PEP. (Sonriendo.) ¿Y Carmen?

NEM. Ahí viene; yo me he apresurado un poco... y no puedes figurarte lo que me cansa el apresurarme... déjame que respire.

PEP. Respira y descansa lo que te acomode: no tenemos prisa...

NEM. Sí, la tenemos. ¡Vaya si la tenemos!... Es decir, la tengo yo, que quiero hablarte... de...

PEP. ¿De quién?

NEM. De Carmen; de mi pobre hija, que está enamorada. ¿Has visto?

PEP. Me parece muy natural. Todas nos hemos enamorado.

NEM. Ya lo creo... y algunas siguen enamorándose todavía. ¿Verdad?

PEP. Eso dicen.

NEM. Pues bien: Carmen está enamorada de Lorenzo... (Mirándola fijamente.) Ya ves...

PEP. Ya veo que no es mala elección... ó ¿á tí no te gusta?

NEM. ¿Qué se yo?... La verdad es que él parece bueno y... yo le he querido mucho... mucho... ¡pero desde que hace llorar á Carmen!.. le aborrezco y sería capaz de... yo no sé de lo que sería capaz...

PEP. ¿Llora Carmen?... ¡Tan pronto! Pobre muchacha...

NEM. Ya lo creo que llora, y mucho... Como que tiene celos.

PEP. ¿Carmen está celosa?

NEM. (Mirándola más fijamente.) Está celosa de tí...

PEP. (Sorprendida y disgustada.) ¡Jesús! ¿Pero se ha vuelto loca esa criatura?

NEM. Ya me parecía á mí que no había motivo...

PEP. ¿Te parecía nada más? (Mirando á Nemesia, que no puede soportar su mirada.) ¿Tú has creído también que yo...? ¡Ah, Nemesia... no te lo perdonaré nunca!... A Carmen la disculpa su amor... apenas me conoce, pero tú... tú... (Rato de pausa.)

NEM. (Tomando con cariño la mano de Pepita.) Perdóname... Pepita, perdóname. Las madres muchas veces... ya ves... Yo no dudo de tí, eso no, nunca... He vacilado, pero... (Cambia de tono.) Carmen llega; que no eche de ver nada; procede como creas que conviene... dejo en tus manos la tranquilidad de mi hija.

PEP. (Con melancolía.) Gracias.

ESCENA V

DICHOS y CARMEN

CARM. Mamá, mamá... (A Nemesia.) Buenos días tía... (A Pepita.) Si has descansado un poco vámonos...

PEP. ¿Tanta prisa tienes por dejarme?

CARM. No; prisa no, pero hemos de ir... á...

PEP. Ha de saber usted, señora sobrina, que su mamá y yo estábamos hablando de usted. (Carmen mira á su madre con inquietud, Nemesia manifiesta alguna zozobra.)

CARM. ¿De mí?

PEP. Sí, señora, de usted. Preguntaba yo á su mamá: ¿qué daré á Carmen para que una ella al mío el recuerdo de la llegada de Juanito?

CARM. Y mamá diría que...

PEP. Mamá no ha dicho nada... en ese momento apareciste gritando y dando prisas.

CARM. No necesito que me dé usted nada: sin eso me acuerdo de usted mucho. En fin, si quiere usted darme algo, con una flor estoy satisfecha...

PEP. (Levantándose y dirigiéndose al invernadero.) ¿Una flor nada más? Me parece muy poco... No; yo quiero darte una maceta... la que te guste más; elije.

CARM. (Vacilando.) Yo... no sé... Es claro... á mí... lo mismo me dá... la que usted quiera.

PEP. Vamos, prefieres que yo te la escoja... pues toma esa *gardenia*, es muy bonita.

CARM. Sí; pero... (Vacilando.)

PEP. ¿No te gusta?

CARM. Al contrario, me gusta mucho, pero...

PEP. ¿Pero qué?

CARM. Si no recuerdo mal, esa *gardenia* es un regalo... ¿ha olvidado usted eso?

PEP. (Riendo.) No, hija mía; lo recuerdo perfectamente, por eso te la doy. Lorenzo me la envió ayer... pero estoy segura de que no le disgustará el cambio. ¿La aceptas ó no?

CARM. (Muy alegre.) ¡Oh! sí... acepto: y... (Besando á su tía.) y la agradezco...

PEP. Queda hecho el trato. En seguida te la mandaré á casa...

CARM. (Muy contenta.) No es necesario... (Va al invernadero.) yo misma la llevo. (Entra en el invernadero y sigue hablando desde allí.) Pesa poco

NEM. (Conmovida estrecha á Pepita la mano.) Gracias.

CARM. (Coge la maceta, acaricia las flores y manifiesta su contento.) Vaya si es preciosa. ¿Verdad mamá? Mira, mira cuántas flores tiene. (Nemesia se aproxima al balcón-estufa, y después de mirar el tiesto, salen de él juntas madre é hija.)

ESCENA VI

DICHOS y LORENZO

LOR. (Desde la puerta izquierda.) ¿Puedo entrar?

CARM. (Sobresaltada y procurando ocultar el tiesto.) (¡Ay! ¡ay! ¡él!)

PEP. Pase usted, Lorenzo.

NEM. Adelante, sobrino.

LOR. (Saludando á todas.) Buenas tardes, Pepita. ¡Tía!.. ¡Hola, Carmen! (Tendiéndole la mano.) ¿Estás aún enfadada conmigo?

CARM. ¿Qué he de estar?

LOR. (Riendo.) Como no quieres darme la mano...

CARM. Sí quiero, es que... (Después de un rato logra tener el tiesto con una mano.) Toma. (Durante toda esta escena, Carmen, que no ha tenido tiempo para dejar la maceta, ha de procurar que Lorenzo no la vea en su poder, lo que debe dar motivo á un juego de teatro cuyos pormenores se dejan á la discreción de la actriz.)

LOR. (Mirando con curiosidad.) ¿Qué guardas ahí?

CARM. (Impaciente.) Nada, hombre, nada.

LOR. ¿Pero, ven ustedes? Decididamente Carmen va echando muy mal genio... (Pausa breve.) Pero seamos francos. ¿Estaban ustedes tratando algún secreto de Estado? Reconozco lealmente que mi aparición ha sido un poco brusca. Pensé, acaso pensé mal, que como de la familia podía entrar sin anunciarme...

PEP. Y pensó usted perfectamente, amigo mío; aquí no tratábamos secretos de Estado; ¡qué desatino!

NEM. Ni secretos de ninguna clase. Nosotras nos despedíamos ya.

CARM. Sí, nos despedíamos... Pepita tiene que arreglarse un poco y dar órdenes y...

LOR. En ese caso yo también... (Hace ademán de despedirse.)

PEP. Hay todavía mucho tiempo de sobra... Descanse usted un rato... quiero que hablemos. (A Carmen y á Nemesia.) Hasta luego.

LOR. (Aparte.) Me hace quedar. ¡Bravo!

CARM. (A Nemesia y mirando á Lorenzo.) ¡Se queda!

NEM. (Aparte á Carmen.) Calla, que es para bien.

CARM. ¿Sí? (A Lorenzo.) Adiós.

LOR. Hasta después. (Aparte.) No cabe duda, he vencido. (Pepita los despide desde el foro. Vanse Carmen, ocultando siempre su maceta, y Nemesia; Pepita las acompaña un rato y vuelve á escena.)

ESCENA VII

LORENZO, PEPITA

LOR. (Aparte.) Cosa hecha... mi carta ha producido efecto... ya me figuraba yo que aquellas miraditas y aquellas... (Se frota las manos.) ¡Es atroz el partido que tengo con las mujeres!

PEP. (Que ha acompañado á Carmen y á Nemesia y ha permanecido en el foro como despidiéndose de ellas.) Eso es, hasta la noche. (Baja al proscenio.)

LOR. (Aparte.) Aquí está. ¡Valor! (Alto.) ¡Ah! Por fin puedo hablar á usted sin testigos.

PEP. (Con mucha calma y marcada indiferencia.) Por fin; pero hágame usted el favor de tomar asiento.

LOR. ¡Ah! Preferiría yo hablar á usted de rodillas. (Comienza á sonreir con aire de conquista, pero viendo que Pepita no corresponde á su sonrisa, va poniéndose poco á poco mas serio.)

PEP. (Seria y seca.) Sería más novelesco sin duda; pero es menos cómodo. Siéntese usted.

LOR. (Aproximándose á ella.) Es que... yo...

PEP. (Con enojo.) Dale; que se siente usted, hombre.

LOR. (Aparte, algo desconcertado.) ¿Qué significa esto? (Alto.) Me resigno. (Se sienta.)

PEP. Corriente. (Se sienta á sú vez.) He suplicado á usted que permaneciese aquí un momento porque...

LOR. (Haciendo un movimiento para levantarse, movimiento

que Pepita contiene con un ademán severo.) ¡Oh! gracias, señora; crea usted que... (Aparte.) Pero, señor, esto es inaudito. (Alto.) Gracias..

PEP. ¿Gracias?... Vuelvo á suplicar á usted que me escuche con calma...

LOR. Pero ¿por ventura puedo tenerla?

PEP. Preciso será que usted la tenga si hemos de continuar hablando. Si usted no se aviene á escuchar con tranquilidad, me retiro. (Transición.) Y lo sentiré, porque me interesa lo que pienso decirle.

LOR. En ese caso obedezco. Ya escucho. (Aparte.) Pues, señor, no lo entiendo.

PEP. (Siempre seria y tranquila.) Anoche, cuando al salir de casa de mis hermanos nos despedimos, deslizó usted en mi mado un papel. ¿Es cierto?

LOR. Cierto. (Aparte.) ¡Qué modo tan original de entrar en materia!

PEP. (Cada vez más indiferente.) El papel. . parece una carta... por temor al escándalo no se lo devolví entonces... aquí está. (Devuélvesela á Lorenzo, que maquinalmente la toma con sus manos y la mira y la remira, como quien no entiende lo que le pasa.) Excuso decir á usted que no lo he leído. ¿Para qué? Nada hay entre nosotros... nada habrá nunca... que no pueda decirse en voz alta y en presencia de todo el mundo. (Un momento de pausa.) Por eso quería yo que esa carta... ó lo que sea... volviese á poder de usted tal cual había llegado á mis manos y decirle: Lorenzo, ya he comprendido que esto es una broma. (Movimienio de protesta de Lorenzo.) ¿Qué otra cosa podía ser? Pero le advierto que me ha parecido de muy mal gusto.

LOR. Señora, yo... (Aparte.) Miren con lo que sale ahora... (Alto.) Pepita... la verdad, esta manera de tratar á un hombre cuyo único delito es haber amado á usted... amarla aún... no... no...

PEP. No diga usted majaderías, hombre de Dios.

LOR. (Levantándose.) Sí, Pepita, sí; la imprudencia, que usted tan cruelmente castiga ahora, sólo

tiene una excusa legítima... mi amor. (Movimiento de Pepita.) ¡Oh, sí, mi amor!

PEP. (En son de extrañeza irónica.) ¿Qué me cuenta usted?

LOR. (Escamado.) ¿Eh? (Aparte.) ¿Está burlándose de mí esta buena señora?

PEP. (Riendo.) Pero ¿tan enamorado está usted, Lorenzo?

LOR. ¿Usted lo duda acaso?

PEP. Me sorprende la novedad... vamos á ver, ¿cómo ha ocurrido esta desgracia? Así... tan de pronto... calle usted, por Dios; si parece mentira... Estamos tratándonos hace muchos años... nunca, al menos que yo sepa, ha pensado usted en amarme, y ahora... de la noche á la mañana brota esa violentísima pasión... es talmente cosa de comedia.

LOR. (Con tristeza.) ¡Oh! Pepita, lo que está usted haciendo conmigo no tiene nombre. Yo no me lisonjeaba con la esperanza de ser correspondido; pero no pensé nunca ser tratado de esta manera... ¡y por usted!... no tiene usted corazón, Pepita.

PEP. (Sonriendo.) ¿Qué he de tener, hombre? Pues si yo tuviese corazón, me enamoraría de usted en seguida... Eso ya se sabe...: la mujer que estima y respeta á su marido, que vela por su honra, que idolatra la paz del hogar... ¿cómo ha de tener alma, ni corazón, ni nada? (Pausa.) Ya ve usted, Lorenzo, que persisto en tomar á broma... todo esto.

LOR. (En son de protesta.) ¡Oh! pero eso...

PEP. (Interrumpiéndole.) Debe usted agradecérmelo, porque sólo así he podido escucharle todo lo que me ha dicho... (Movimiento de Lorenzo, que interrumpe Pepita levantándose.) Ni una palabra más.. Uno y otro nos hemos juzgado mal... aunque con una diferencia: yo al creer á usted serio, le favorecía; usted al considerarme ligera, me agraviaba... Perdono el agravio, porque sé que entre los hombres es cosa frecuente equivocarse al juzgarnos...

LOR. Yo aseguro á usted...

ESCENA VIII

DICHOS, JUANITO

JUA. ¿Volvió el tío?
PEP. Todavía no; pero no tardará.
JUA. Buenos días, Lorenzo.
LOR. (Brúscamente.) ¡Felices! (Aparte.) Cargue el diablo contigo.
PEP. Y ahora que dejo á usted bien acompañado, adiós.
LOR. (Aparte á Pepita.) Es necesario que termine esta conversación.
PEP. (Aparte á él.) Ha terminado ya.
LOR. No; necesito que nos veamos otra vez.
PEP. (Muy seria.) Nunca... (Vase.)

ESCENA IX

LORENZO, JUANITO

JUA. ¿Qué tiene mi tía?
LOR. (Con sequedad y desabrimiento.) No lo sé. (Se pasea por la habitación agitado.)
JUA. Pues yo tampoco. (Se pasea también remedando á Lorenzo, durante un rato. Después se pone á mirar por el balcón.)
LOR. (Aparte.) Nada, nada, que soy un badulaque y un estúpido y un majadero, y... me quedo corto; que esa mujer se ha burlado de mi y de mi amor... (Pausa.) ¡Mi amor! ¡Bah! Qué amor ni qué... Yo no la amo, no la he amado nunca. (Sin dejar de pasearse.) Y nada, mi carta aquí está... sin abrir siquiera. Mil duros daría, caso de tenerlos, por no haberla escrito, (La rompe en mil pedazos.) y por amar á otra.
JUA. (Que está mirando por el invernadero.) Oye... oye, ¿con que era mi hermana la niña de la macetita?
LOR. ¿Eh? ¿Qué dices? (Muy sorprendido.)
JUA. Ven acá y verás lo que digo, hombre miste-

rioso. (Lorenzo se aproxima con Juanito al invernadero.) ¿Qué ves allí?

LOR. Tu casa.

JUA. Ya... y en aquella ventana de mi casa, ¿no ves una chica muy guapa? Aunque yo no debería decirlo.

LOR. Sí, Carmen.

JUA. Justamente, Carmen, que coloca con mucho mimo la maceta de que le hablabas en tu carta... Era la señal... ya ves.

LOR. (Cogiéndole del brazo brúscamente.) ¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes?

JUA. Primo, no seas bruto, que me haces daño... ¿Cómo lo sé? Ya te lo explicaré si me dejas.

LOR. (Soltándole.) Perdona mi arrebato.

JUA. Te perdono, hombre; eso no vale nada. Por un poquito más me rompes la muñeca; pero ya pasó.

LOR. Carmen... Carmen... ¿Será posible? (Alto.) Repito, que me perdones. (Vase.)

ESCENA X

JUANITO

Repito que estás perdonado. (Mirándole con asombro salir.) Anda con Dios, hombre. (Vuelve al proscenio pensativo.) Pues, señor, esta vida de familia no es tan dulce ni tan agradable como yo me la figuraba. (Pausa.) Mi padre tiene desde ayer un humor de todos los diablos; mi hermana ha dado en llorar y no hace otra cosa; ¡bonita ocupación! y mi pobre madre suspira. A mi tía le disgusta cuanto hago y mi tío se burla de cuanto digo. Hasta Lorenzo, siempre cariñoso, se ha vuelto más áspero que un erizo. ¿Ha producido estos efectos mi llegada? Pues no me lisonjea gran cosa el recibimiento. (Pausa.) Cada vez me afirmo más en la idea de que esto no es para mí. . estoy resuelto; pasaré con mi familia un par de semanas, y en seguida al colegio otra vez. (Pausa.) Allí al me-

nos nadie se burla de mí y todos me entienden y yo los entiendo á todos. (Se sienta, coge un periódico y lee en voz alta:) «El domingo to»maron el hábito de frailes mercenarios, en »el convento de Santa María de Santiago, »cinco jóvenes, y profesarán dos novicios.» (Queda pensativo.) Esto es; yo debía elegir una carrera; pues bien, ya la tengo elegida... mis inclinaciones y mis gustos... Seré un excelente predicador. (Se levanta y pasea por la habitación gesticulando.)

ESCENA XI

DICHOS, CAROLINA y un CRIADO

CRIADO ¿Y dice usted que la señorita la espera?

CAR. Sí.

JUA. (Aparte.) Toma, pues si es la costurera de ayer... hoy me parece mucho más bonita.

CRIADO Hágame usted entonces el favor de aguardar aquí mientras paso el recado. ¿A quién debo anunciar?

CAR. A Carolina.

JUA. (Aparte.) ¡Carolina! ¡Qué nombre tan bonito!

CRIADO Voy.

CAR. Si no, deje usted; mejor será que le entregue usted mi tarjeta. (Le da una tarjeta.)

CRIADO Está bien. (Vase.)

ESCENA XII

JUANITO, CAROLINA

JUA. (Alto.) Buenos días, señorita.

CAR. Buenos.

JUA. ¿Está usted ya completamente bien?

CAR. (Grave.) Sí, señor; gracias.

JUA. Ayer nos ocasionó usted á todos un buen susto.

CAR. Mucho lo sentí; de muy buena gana lo hubiese evitado.

JUA. Pero ¿qué ocurrió?

CAR. No lo sé; un vahido, un desvanecimiento... Pasó en seguida.

JUA. No puede usted imaginar, señorita, lo que me impresionó aquel contratiempo.

CAR. (Sonriendo.) Muchas gracias; pero, la verdad, no era para tanto.

JUA. En fin, lo principal es que usted esté mejor y que no se repita el accidente.

CAR. Así lo espero.

JUA. ¿Que se repita?

CAR. No señor, que no se repita. (Sonriendo ligeramente.)

JUA. Más vale así. (Pausa.) Mire usted, en caso parecido, más que por el propio dolor, yo padecería por el sobresalto que causase á las personas que me quieren.

CAR. (Amargamente.) ¡Felices los que pueden pensar en eso!

JUA. ¿Y usted no puede?

CAR. Yo soy sola en el mundo; mis sinsabores no inquietan á nadie.

JUA. ¡Oh! No puedo creerlo.

CAR. Es verdad, sin embargo.

JUA. (Con cariño.) No, no es verdad. Por de pronto aseguro que en mi casa la dolencia de usted nos disgustó á todos.

CAR. ¿Su casa de usted? ¿Pues no es ésta?

JUA. No; yo vivo aquí al lado.

CAR. ¡Ah! Entonces usted es el hermano de la señorita Carmen.

JUA. El mismo.

CAR. ¡Oh! Su mamá de usted y su hermana han sido siempre muy bondadosas conmigo.

JUA. Es muy natural; pero ahora no se trata solamente de mi mamá y de mi hermana, sino de mí también.

CAR. Usted será bueno como ellas.

JUA. Yo no sé si soy bueno, aunque no me tengo por malo. Lo que aseguro es que sólo he visto á usted dos veces y la quiero ya como si la hubise conocido toda mi vida.

CAR. (Con reserva.) Pero...

JUA. Se asombra usted, ¿verdad? Yo también me asombro. Un cariño así... tan repentino y

tan... pues nada, así es. (Transición.) Y bien mirado... no hay realmente motivo para asombrarse. Usted es muy simpática y muy linda. (Movimiento de Carolina.) No, eso está á la vista... y debe usted de ser muy buena... eso no está tan á la vista, pero se conoce.

CAR. (Entre grave y seria.) Lo que se conoce es que usted, no hallando cosa mejor en qué pasar su tiempo, quiere reirse de una pobre muchacha que, créamelo usted, es más digna de lástima que de burla; eso no está bien.

JUA. (Con vehemencia.) ¿Reirme yo? ¿burlarme? ¿y de usted?... ¡Oh!... usted no cree eso que dice... no puede creerlo. (Con ingenuidad.) Mire usted, señorita, hace pocos momentos que aquí mismo, me han dicho: «Tú no tienes trato de gentes...» y es cierto. Puede que esa ignorancia mía me haya hecho cometer alguna indiscreción, ó decir lo que debería haber callado... Si es así, yo suplico á usted que me lo perdone. Llámeme usted ignorante, descortés, necio... lo que usted quiera llamarme; piense usted de mí... cualquier cosa, pero, ¡por Dios! no crea usted que me burlo, ni que es mentira lo que digo. (Transición.) Pero no, no... estoy seguro de que usted no cree eso, ni lo piensa; estoy convencido (Se acerca á ella con efusión.) de que en mis ojos ve usted mi sinceridad y mi franqueza... como yo leo ahora en los suyos que no duda de mis palabras.

CAR. Pero... (Vacilando como quien no sabe qué actitud tomar.)

JUA. (Con arranque de sinceridad.) ¿Y por qué ha de parecer extraño que inspire cariño quien tanto lo merece?

CAR. (Ruborizándose y confusa.) Pero comprenda usted que yo...

JUA. El corazón no sabe razonar... siente, porque... siente. Lo que es grande se admira, lo que es bello se ama... sin pensarlo... desde que se ve. Así se admira el mar, de ese modo amamos las flores. Así la he querido yo á usted. Y no sé decirlo de otra manera.

CAR. (Muy grave.) Basta. (Juanito se detiene sorprendido. Piensa.) Usted dice que tiene poco mundo... y ya se conoce. (Vacilando.) Yo no tengo mucho, pero comprendo bien que una joven honrada no debe escuchar palabras como esas.

JUA. (Con ingenuidad infantil.) ¿Por qué no, si ellas expresan la verdad, señorita? ¿Por qué no, si el que las pronuncia sólo tiene para usted en el fondo del alma cariño y respeto? (Movimiento de ella.)

CAR. (Más apurada.) Pero... ¡Dios mío!... yo no acierto á contestar á usted... ni sé qué decirle... solamente sé que hago mal oyéndole y que no he dado á usted derecho... ni pretexto para que me hable de esa manera.

JUA. (Muy asombrado.) ¡Derecho!... ¡Pretexto!... Pero ¿acaso los necesito?... El derecho me lo tomo yo... A expresar la verdad, lo tenemos todos... No puedo creer que sean necesarias condiciones especiales para decir á una mujer que parece un angel...

CAR. (Más aturdida.) Es que yo...

JAU. (Con resolución.) ¿Sí se necesitan? Bueno. Dé usted desde ahora por cumplidas esas condiciones... No sé cuáles son, pero las acepto. ¿Es preciso jurar? Juro. ¿Se necesita ofrecer la mano? La ofrezco.

CAR. (Entre sorprendida y sonriente.) ¿Usted?

JUA. Yo, sí, yo ¿Por qué esa extrañeza?

CAR. (Riéndose.) Pero usted es muy niño.

JUA. (Dando una patada en el suelo.) Lo de siempre... Ya sé que soy niño, aunque no tanto como parezco, pero ¿acaso voy á serlo toda mi vida? Ni yo hablo de casarme ahora... Pero cuando hayan pasado algunos años...

CAR. (Con resolución y entereza.) Cuando hayan pasado algunos años... usted se reirá mucho de estas niñerías, y más aún de mí, que he tenido la paciencia de escucharlas. (Transición: movimiento de protesta de Juanito.) Y si, lo que no es probable, lo que de seguro no sucederá, usted pensase entonces como ahora dice que piensa... su familia no consentiría

un matrimonio tan desigual; y tendría muchísima razón, y yo pensaría como su familia.

JUA. ¿Que mi familia se opondría á que yo cumpliese mi palabra? Bien se advierte que no conoce usted á mi familia, ni me conoce usted á mí, señorita. Lo que ahora digo, dicho está y lo sostendré siempre, opóngase quien se oponga... bien que no se opondrá nadie, lo aseguro.

ESCENA XIII

DICHOS, un criado

CRIADO La señorita suplica á usted que tenga la bondad de pasar.

CAR. Vamos. (Al criado.) ¿Por dónde?

CRIADO (Levantando unas cortinas.) Por aquí.

JUA. (Deteniéndola.) Bien; pero...

CAR. (Saludándole ceremoniosa y fría.) Muy buenos días. (Vase.—El criado sale por el foro.)

ESCENA XIV

JUANITO

(Permanece mirando la puerta por donde ha salido Carolina; después baja al proscenio,) Pues, señor, ya no puedo ser cura... (Pausa.) Ni tengo tampoco necesidad de volver al colegio: ¿para qué? Algo me contraría lo de no predicar; pero, en fin, veremos si mi tío, que tanto puede, me hace diputado, y viene á ser lo mismo...

ESCENA XV

JUANITO, CIPRIANO

CIP. Buenos días, hombre.

JUA. Hola, papá.

CIP. ¡Dichosos los ojos que te ven! ¿Has resuelto venirte á vivir á casa de los tíos?

JUA. Tío Felipe quería llevarme al Congreso.

CIP. ¿Piensas dedicarte á la política?

JUA. No, papá; vamos á ver los cuadros; soy muy aficionado.

CIP. A propósito de tus aficiones: ¿has pensado algo en elegir carrera?

JUA. Sí; ¿y tú?

CIP. Tampoco dejo un solo momento de... pero al cabo, como eres tú quien ha de elegir... (Pausa.) Supongo que no seguirás la carrera eclesiástica. (Movimiento negativo de Juan.) Me alegro... eso, te lo declaro francamente, me disgustaría mucho. ¿Tampoco sientes vocación por el ejercicio de las armas? (Movimiento negativo de Juan.) Pues, también lo celebro... eso daría gran pesadumbre á tu madre... (Pausa.) ¿Abogado? ¡Pch! ¡hay tantos abogados! ¿Médico? ¡es tan poco agradable!..(Pausa.) Creo que debías ser ingeniero... ¿qué dices?

JUA. (Riendo.) Digo que no soy yo quien elige carrera; lo que hay es que tú me la tenías ya elegida.

CIP. No, hombre, eso no; yo te digo mi parecer; pero está claro que tú puedes...

JUA. Nada, nada: seré ingeniero. Si yo deseo complacerte siempre y en todo, papá.

CIP. Guapo chico. (Dándole dos palmadas en la espalda.) Corriente: queda convenido. Te haces ingeniero; un gran ingeniero, ¿verdad?

JUA. Haré lo que pueda...

CIP. Después, entre tu tío y yo te colocamos al frente de una empresa particular... El Estado paga muy poco y muy mal á sus servidores. Y si la Empresa es extranjera, mejor que mejor... y despues... después... ya verás... pensaremos todos en proporcionarte una buena boda. (Con aire confidencial y en son de chanza.)

JUA. (Muy serio.) En eso no es preciso pensar.

CIP. ¿Eh? ¿Pues y eso?

JUA. Porque ya me la he proporcionado yo.

CIP. (Con grrn sorpresa.) ¿Tú? ¡¡Tú!!

JUA. (Algo impaciente.) Yo, sí, yo; ¿qué tiene eso de particular?

CIP. ¡Nada! ¿Pero dices eso formalmente?

JUA. ¡Sí, papá!

CIP. So trasto; ¡no has comenzado tu carrera y ya estás pensando en casarte!

JUA. Pues tampoco la había empezado cuando pensabas tú en mi boda.

CIP. Yo hablaba en broma, majadero, y en todo caso, para mucho más adelante.

JUA. Es que tampoco hablo yo de casarme ahora.

CIP. Me lo figuro; pues sólo nos faltaba eso. (Pausa.) Dejemos esta conversación. Llegará el momento oportuno de pensar en estas cosas, y entonces veremos...

JUA. Está visto ya; para cuando ese momento llegue...

CIP. ¿Qué?

JUA. Tengo ya hecha mi elección.

CIP. (Con enojo.) Pero, muchacho, ¿qué despropósitos estás diciendo ahí?

JUA. Es para mí exigencia de cariño y además compromiso de honor.

CIP. (Alarmado.) ¿De honor? A ver, á ver, haz el favor de explicarte... ¿Qué clase de compromiso es ese?

JUA. (Resueltamente.) He dado mi palabra.

CIP. (Respirando.) ¡Ah! ¿Nada más?

JUA. Es bastante.

CIP. (Riendo.) Já, já... ¡qué demonio! ¿Conque tu palabra? Já, já, já... ¡tu palabra!...

JUA. (Más serio cada vez.) Papá, yo acabo de comprender de qué te ríes.

CIP. Calla, hombre, calla, y déjame reir .. si es que me hace gracia esa seriedad tuya... ¡Tu palabra! ¡Já, já, já!...

JUA. (Impaciente.) Pero en este mundo, que yo no conozco, según dice mi tía Pepita, ¿el cumplimiento de una palabra es como el ayuno, que sólo obliga á los que han cumplido veinte años?

CIP. No, hombre, no; lo que hay es que palabras de esa clase nadie las toma en serio cuando proceden de un chiquillo. (Movimiento de impaciencia de Juanito.) Créeme, Juanito; cuanto más grave te pongas más harás reir. ¡Já, já, já!

ESCENA XVI

DICHOS, PEPITA

PEP. Celebro encontraros de tan buen humor. ¿Qué sucede?

CIP. ¿Qué?... La cosa más divertida del mundo... que ése... Juanito, ha dado palabra de casamiento á...

PEP. (Sonriendo.) ¿A quién?

CIP. (Sonriendo.) A... pues hija, no lo sé, porque todavía no me lo ha dicho. (A Juanito.) Vamos á ver, señor caballero andante, ¿puede saberse el nombre de la dama á quien has declarado tu atrevido pensamiento?

PEP. (Con cariño.) Sí, Juanito, es preciso que sepamos eso.

JUA. ¿Y para qué?

PEP. (Con afecto.) Vamos á sospechar que cuando no te atreves á decírnoslo, es porquo tu elección te avergüenza.

JUA. Eso no; ni tengo de qué avergonzarme, ni hay por qué callar la verdad... La persona de quien hablo es...

PEP. ¿Quién?

JUA. Carolina.

CIP. ¿Carolina? ¿Y quién es esa Carolina?

PEP. ¿Es la costurera?

JUA. Esa misma.

CIP. ¿Pero cuándo la has visto? ¿Dónde la has hablado?

JUA. Ayer la ví por primera vez en casa; hoy la he hablado aquí hace pocos momentos.

PEP. ¡Pues no ha desaprovechado su tiempo la niña, y parece una mosquita muerta! Está bien. (Hace que se va.)

JUA. (Deteniéndola.) Tía, por Dios, ¿á dónde va usted?

PEP. Voy á echar de aquí á esa mujer.

JUA. ¿Por qué?

PEP. Porque en una casa respetable no parecen bien las costureras que enamoran al señorito.

JUA. (Con entereza.) Eso no es verdad. Yo he sido quien... (Movimiento de duda de Pepita.) Lo juro.

PEP. Bueno... el resultado es el mismo. (Vase.)

ESCENA XVII

JUANITO, CIPRIANO

JUA. Tía, tía, por favor, calumnia usted á esa pobre niña... yo... (Corre detrás de Pepita.)

CIP. ¿A dónde vas? ¿Pero es que de veras has perdido el juicio? (Deteniéndole.)

JUA. Voy á impedir que se cometa una iniquidad...

CIP. Y aunque fuese una iniquidad, que no lo es, ¿con qué derecho vas á impedirla?

JUA. Con el que tiene todo hombre honrado de evitar que otra persona padezca por faltas ó errores que él ha cometido. Voy...

CIP. Juanito, vas á lograr que me formalice. Pepita echará de esta casa á Carolina.

JUA. Será una injusticia monstruosa.

CIP. (En son de reto.) Pues bien, te digo que yo habría hecho lo mismo.

JUA. (Grave.) Habrías sido injusto también.

CIP. Estás faltándome al respeto.

JUA. ¡Oh! Al contrario: demuestro mi respeto diciéndote la verdad.

CIP. Calla... calla... porque conozco que se me vá agotando la paciencia...

JUA. Callaré porque tú me lo mandas; pero seguiré pensando lo que he dicho.

CIP. Juanito... (En son de amenaza.)

JUA. Papá... (Respetuoso pero decidido.)

CIP. Véte de aquí.

JUA. Iba á pedirte permiso para hacerlo... adiós...

ESCENA XVIII

DICHOS.—FELIPE y JUANITO

FEL. (En la puerta.) ¿A dónde vás tan serio, muchacho?

JUA. Adiós, tío. (Mirando hacia fuera.) ¡Ah! la expulsan al fin... pobre Carolina... (Vase corriendo.)

ESCENA XIX

FELIPE, CIPRIANO, después PEPITA

FEL. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué Carolina es esa... que expulsan?...

CIP. Una costurerilla á quien tu mujer acaba de despedir...

FEL. Pero, ¿se llama Carolina? (A Pepita.) ¿Carolina qué?...

PEP. Carolina... no me acuerdo de su apellido... (Saca la tarjeta del bolsillo y lee.) Carolina de Ariza.

FEL. (Leyendo.) Carolina de Ariza... Entonces ésta debe de ser la hija de mi buen Carlos, de mi hermano... arrojada de mi casa... ¡Ah! (Transición.) Afortunadamente esto tiene remedio facil, pero si no lo tuviese, ¡voto al infierno! creo que no te lo perdonaría nunca. (Vase. Cipriano y Pepita quedan mirándose uno á otro con estupor.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

TOMÁS, FELIPE.—Al levantarse el telón, Tomás aparece limpiando los muebles; poco después entra Felipe por el foro.

TOM. Pues, señor, esto parece un valle de lágrimas... ¡Lo que va de ayer á hoy!

FEL. Buenos días, Tomás.

TOM. Muy buenos, señorito.

FEL. ¿Hay alguna noticia?

TOM. Ninguna.

FEL. ¿Cómo está la señora?

TOM. ¡Ay, señorito! Cada vez más triste. (Pausa.) ¿Quiere el señorito que?...

FEL. Bueno, avísala. (Hablando consigo mismo y paseando.) ¡Demonio de chico! Nadie lo hubiera creído capaz de esta calaverada.

TOM. ¡Quiá! Nadie.

FEL. Pues ya lleva más de veinticuatro horas fuera de casa. (Como antes.)

TOM. Mas...

FEL. Yo ya me esperaba algo de esto.

TOM. Yo también.

FEL. Pero, ¡voto al demonio! ¿Avisas tú á la señora ó la aviso yo?

TOM. No, yo la avisaré. (Aparte.) ¡Qué barbaridad! (Vase.)

ESCENA II

FELIPE, CARMEN

CARM. ¡Hola, tío!

FEL. ¿Y tu madre?

CARM. Sin dejar de llorar. (Transición.) Se ha lucido mi señor hermano; esperándole aquí todos nosotros como al santo advenimiento, y... (Con cierto aire de misterio.) Afortunadamente hoy sabremos algo.

FEL. ¿Sí?

CARM. Lorenzo ha conseguido averiguar el domicilio de Carolina.

FEL. (Con mucho interés.) ¿Es de veras?

CARM. Lorenzo me lo ha dicho.

FEL. ¿Y dónde es?

CARM. No; eso no me lo ha dicho.

FEL. Siempre será alguna tontería de ese botarate.

CARM. (Como picada.) Eso es, botarate... Y desde ayer no hace el pobre más que ir y venir... ¡Es más bueno!...

FEL. ¡Por vida de!... No me acordaba ya de que sois novios... Perdóname; ¿pero tú crees que ha descubierto?...

CARM. ¿Pues no he de creer? Lo ha tomado con mucho empeño y...

FEL. ¿Es muy listo, eh?

CARM. Mucho.

FEL. Y como además trabaja ahora por algo que le interesa... ¿No es cierto?

CARM. (Ruborizándose.) ¡Vamos, tío!

FEL. Mientras todas estas tribulaciones no concluyan es imposible hablar de bodas...

CARM. (Con espontaneidad.) Es claro. (Como queriendo rectificar.) Es decir que... aquí está mamá.

ESCENA III

DICHOS, NEMESIA

NEM. (Muy afligida.) Nada, Felipe, nada.

FEL. ¡Animo! El muchacho aparecerá cuando menos lo esperes. ¡Qué diablo! No se le ha de haber tragado la tierra.

NEM. Estoy segura de que le ha sucedido alguna desgracia.

FEL. Calla, mujer. ¿No comprendes que lo habríamos sabido en seguida? Las malas noticias se reciben pronto. Habrá ido...

NEM. ¿A dónde?

FEL. ¡A dónde! ¡A dónde! ¿Qué sé yo? Pero, vamos, repito que nada malo le ha sucedido.

NEM. Felipe, ¿sabes algo?

FEL. No, mujer, nada sé todavía; pero...

NEM. (Con ansiedad.) ¿Pero qué?

FEL. Mira, si no tienes calma, me callo.

NEM. Bueno, tendré calma; pero dí pronto, hombre.

FEL. (Sonriendo.) ¡Vaya una calma!

NEM. (Impaciente.) ¡Por la Virgen santa! ¿Cómo he de tener calma si busco á mi hijo?

FEL. Tienes razón. Pues el caso es que yo, calculando que un muchacho como Juanito no abandona su casa sino para hacerse soldado ó meterse fraile, he avisado de lo que nos sucede á la autoridad militar y á la eclesiástica...

NEM. Bien, ¿y qué?

FEL. Acabo de saber que hoy se ha presentado con la pretensión de sentar plaza un muchacho cuyas señas coinciden con las de Juanito, y pienso pasar por el cuartel...

NEM. ¿Pero no has ido aún? (Reconviniéndole.)

FEL. Mujer, lo he sabido en este momento. Quería decírtelo antes, y ver si Cipriano estaba en casa para que se viniese conmigo.

NEM. ¿Cipriano? ¿Qué ha de estar en casa, si anda revolviendo todo Madrid? Yo nada le digo por no apurarle más; pero él ha tenido la

culpa de todo. (Gesto negativo de Felipe.) El mismo lo confiesa. Se dejó llevar de su genio y trató con demasiada dureza á Juanito, que al fin y al cabo ya no es una criatura... Así es que el pobre Cipriano está que se le puede ahogar con un cabello. Creo que este golpe nos va á volver locos á todos. (Transición.) Pero vamos, hombre, vamos.

FEL. ¿Vamos?

NEM. Sí, yo iré contigo.

FEL. ¿Al cuartel?

NEM. A cualquier parte... á donde esté mi hijo...

FEL. No digas locuras...

NEM. Y dime, ¿crees tú que si Juanito ha sentado plaza podremos remediarlo?

FEL. Sí, mujer, sí; ¿no ha de remediarse? Muy fácilmente. Si se ha metido fraile no será tan sencillo; pero también lo remediaremos.

NEM. Bueno, vé solo. Creo que no será Juanito ese que dices.

FEL. No diré que sea; pero por averiguarlo nada se pierde. Para mí, te lo dije desde el principio, lo más probable es que se haya fugado con Carolina.

NEM. (Indignada.) ¿El? ¡Qué desatino! Tú no sabes quién es Juanito... si es tan inocentón y tan bueno...

FEL. Tú sí que eres inocentona... Voto á... Y luego que no quita lo uno á lo otro. No es necesario ser un tunante para que á uno le gusten las muchachas bonitas...

NEM. (En tono de reconvención y señalando con la vista á Carmen.) Felipe...

FEL. Es verdad... Creo, como tú dices, que este golpe ha de volvernos locos á todos. Cuando pienso que por una lijereza de Pepita hemos arrojado de casa á la hija de Carlos... A mi hija, porque es mi hija...

NEM. ¿Y tampoco hay noticias suyas?

FEL. Ni viva ni muerta parece por ninguna parte. En fin, voy... hasta luego. (Aparte.) ¡Los chicos!... ¡Los chicos!... Los de hoy, lo mismo que los de ayer... En esto no se adelanta un paso. (Vase.)

ESCENA IV

CARMEN y NEMESIA

CARM. Vamos, mamá tranquilízate.
NEM. ¡Pobre Juanito!
CARM. ¡Justo! Pobre Juanito, y los demás... Pues bien se ha portado con nosotros el pobre Juanito. (Con zalamería.) Vamos, si me prometes no llorar, te contaré una cosa que no queríamos decirte hasta saber...
NEM. ¿Qué?
CARM. Lorenzo ha averiguado dónde vive ahora Carolina...
NEM. ¿Sí?
CARM. Sí; y á estas horas ya la habrá visto...
NEM. Pobre Lorenzo... Mira si ha trabajado más que todos... ¡Es un chico excelente!
CARM. Sí... (Ruborizándose.) Yo tengo esperanzas de que ha de traernos de una oreja al pícaro de Juanito.
NEM. Dios lo haga...
CARM. Calla: me parece que le oigo.
NEM. ¿A quién?
CARM. A Lorenzo.
LOR. (Dentro.) ¿Están aquí?
NEM. Sí; él es.

ESCENA V

DICHAS y LORENZO

LOR. (Entrando.) Buenos días.
CARM. (Enfadada.) ¿Solo?
NEM. (Triste.) ¡Solo!
LOR. Sí, solo, enteramente solo; y no es mía la culpa; pueden ustedes creer que he hecho todo lo posible para venir acompañado.
NEM. Pero, ¿qué te ha dicho esa mujer?
LOR. No ha podido decirme nada, porque no la he visto.

CARM. (Como reconviniendo.) ¿Pues no dijiste?...

LOR. Dije que procuraría verla; y lo he procurado efectivamente, pero no lo he conseguido.

NEM. Y mi hijo, mi Juanito, ¿estaba allí?

LOR. No; lo que es de que no está allí respondo; y de que no ha estado nunca también.

NEM. (Con satisfación.) Ya lo decía yo. Si no era posible.

CARM. Pero ¿cómo has sabido?...

LOR. A eso voy... pero permítanme ustedes que descanse, porque la expedición ha sido fatigosa, bien que de escaso resultado. (Se sienta y toma aliento.) Antes de todo me fuí derechamente á la habitación de la costurera. (Pausa.) Habitación que está muy alta por cierto: ¡ciento veinte escalones! Debían estar prohibidas esas escaleras... (Respira fuerte.) Llamé, y una mujer, que parecía criada y no sé qué sería, salió á enterarse de lo que yo buscaba.—«Deseo hablar á la señorita Carolina. ¿Está? —Sí, señor, está; pero no puede recibir á usted; si es algún encargo lo tomaré yo, es lo mismo.—¡Oh! no, no es lo mismo... deseo hablar á la señorita Carolina en persona. —Pues ya he dicho que no puede ser, está mala.»

NEM. ¿Está enferma efectivamente?

LOR. Así lo dijo aquella criada... ó lo que fuese.

CARM. Debiste insistir.

LOR. Pues no que no: vaya si insistí. Yo iba decidido á verla; resuelto á decirle que nos devolviese á Juanito. Estaba muy seguro de lograrlo; por eso me apresuré á contestar:—Ya lo sabía yo; soy el médico.

CARM. (Riendo.) Muy bien, y entonces...

LOR. Entonces... no me sirvió el ardid, porque me dijo que no habían avisado al médico.

CARM. ¡Bah!

LOR. No me dí por vencido, sin embargo; jugando el todo por el todo, respondí:—Me envía Juanito; soy amigo suyo.

CARM. ¿Y qué dijeron á eso?

LOR. Pues, á eso no dijeron nada; cerraron bruscamente la puerta sin entrar en más contes-

taciones: aunque me pareció oir que aquel cancerbero con falda decía así como entredientes... «¡Canalla!»... Yo no sé si lo diría por mí... De todos modos, la despedida no me parece muy atenta.

NEM. (Que ha escuchado con atención.) ¿Y no pasó más?

LOR. Allí no, porque no juzgué prudente derribar la puerta, de lo cual aseguro á ustedes que me dieron ¡unas ganas! (Transición.) Pero ni el portero de la casa, con quien estuve hablando media hora, ni el tendero de enfrente, ni la tabernera de la esquina inmediata, ni una sola de las muchas personas á quienes sonsaqué con maña, ha visto por allí á Juanito. De Carolina, todos se hacen lenguas. Por eso temo que hayamos juzgado mal á esa niña.

NEM. (Pensativa y como maquinalmente.) Nada más...

LOR. (Como confuso.) Yo deploro que el resultado no haya correspondido á mis deseos; pero...

CARM. (Como para consolarle.) Es claro; no siempre puede hacerse lo que... (Aparte á Nemesia.) El ha hecho lo que ha podido, ¿verdad?... Pero, mamá, ¿en qué estás pensando?

NEM. Estoy barajando aquí en mi cabeza lo que nos ha contado Lorenzo.

LOR. Puede usted creer que es verdad todo.

NEM. No lo dudo. (Con cariño.) Y si no digo cuánto te lo agradezco es porqne... ya lo comprendes... ahora yo no sé pensar más que en mi hijo... á quien hace dos días estrechaba en mis brazos y á quien (Llorando.) ¡Dios sabe si volveré á ver!

CARM. No digas esas cosas, mamá.

LOR. ¿Pues no ha de volver usted á verlo?

NEM. Sí, sí... Dios no puede querer... Pero voy á decirte lo que pensaba. Ahora yo creo que Carolina y Juanito se han bablado... Tú dices que el nombre de mi hijo causó en aquella criada un efecto extraño...

LOR. Sí, algo extraño; me llamó canalla.

NEM. Pues es necesario que vuelvas á esa casa.

LOR. (Sonriendo.) ¿Para que me lo vuelvan á llamar?

NEM. No, para que veas á Carolina; para que la

hables en nombre de una madre desconsolada y que ningún daño le ha hecho...

LOR. Pero, tia, mire usted que es inútil; no me recibirá.

NEM. Sí, porque en vez de tomar el nombre de Juanito, llevarás el de su madre... Dile que yo no te acompaño porque me faltan fuerzas para salir... que le llevas una carta mía... Ya verás, ya verás cómo te recibe... Estoy convencida de que esa joven no tiene malos sentimientos... y si no quiere decirte lo que sepa... vendrá á verme... Llevarás la carta, ¿verdad? Los criados no saben hacer estas cosas. (Se sienta á su velador y escribe.) Dos palabras... Pero, ¿vas á llevarla?

LOR. Sí, tía, sí; la llevaré. (Mientras Nemesia escribe, Lorenzo y Carmen hablan con intimidad cariñosa.)

NEM. (Escribiendo.) Tú verás cómo te reciben de otra manera. (Dándole la carta.) Toma. Vé en seguida y vuelve cuanto antes.

LOR. Lo haré así: adiós. (Aparte.) A ver si ahora me sueltan el perro. (Vase.)

ESCENA VI

CARMEN, NEMESIA

NEM. ¡Qué bueno es este pobre Lorenzo!

CARM. Muy bueno.

NEM. Y te quiere mucho...

CARM. A todos nos quiere...

NEM. (Sonriendo con tristeza.) A todos... á todos... ¡Hipocritilla!

ESCENA VII

DICHOS, TOMÁS

TOM. (Apresuradamente.) Señorita, señorita...

NEM. ¿Qué hay?

TOM. El señorito viene...

CARM. ¿Eh?

NEM. ¿Cómo? ¿Quién dice usted?

TOM. El señorito Juan.

NEM. ¿El? ¡Dios mio! ¿es posible? ¡él! (Se levanta, vacila un instante, y por fin va hacia la puerta.)

ESCENA VIII

DICHOS, JUANITO, que debe entrar por parte distinta de la que ha servido para salida de Lorenzo.

JUA. (En la puerta.) Mamá.

NEM. (Arrojándose en sus brazos y cubriéndole de besos.) ¡Hijo de mi alma! (Le acaricia, le besa repetidas veces con efusión; después le rechaza con enojo fingido.) Quita, quita, no mereces que yo... (Enterneciándose de nuevo y abrazándole otra vez.) ¡Si supieras cuánto he llorado!... ¿Cómo has tenido corazón para darme esta pesadumbre? ¡Ingrato! (Transición.) Estás bueno, ¿verdad? ¿No te ha ocurrido ninguna desgracia? Dime algo.

JUA. ¡Qué buena eres y cuánto te quiero!

NEM. Sí, soy muy buena; me quieres mucho y me tienes veinticuatro horas sin... (Como recordando una cosa.) ¡Ah! Tomás, Tomás. (En voz alta y tocando al timbre.)

TOM. Aquí estoy, señorita.

NEM. Si no sé lo que hago. Que vayan inmediatamente á casa de mi hermana y digan que está aquí el señorito Juan. Si allí saben dónde está el señor, que le avisen en seguida.

TOM. Voy ahora mismo. (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos TOMÁS

CARM. (A Juan.) ¡Vaya un susto que nos has dado, muñeco!

JUA. (Con cariño.) ¡Carmen!

CARM. Déjame en paz... No tiene perdón lo que has hecho.

NEM. No hagas caso á tu hermana; las madres lo perdonamos todo. He padecido mucho; estás á mi lado; ya de nada me acuerdo. (Llevándole al sofá.) Vamos, siéntate aquí; más cerca. Prométeme que no volverás á separarte de nosotros. Pero, hijo mío, ¿por qué no te alegras? ¿Necesitarás acaso confiarme penas tuyas? (Mirando con miedo á Juanito.) ¿Es que Carmen no debe oir lo que quieres decirme? (Dirigiéndose á Carmen para indicarla que se retire.) Hija mía...

JUA. No, mamá; lo que tengo que decirte puede oirlo Carmen. He venido á despedirme de vosotros...

NEM. ¿Qué estás diciendo? ¿Despedirte?

CARM. ¡Vaya una salida!

JUA. Sí; pensé escribiros á papá y á tí solicitando vuestra bendición; pero me ha faltado valor para emprender nuevos caminos sin daros un abrazo.

NEM. Pero, Juanito, ¿estás loco tú, ó soy yo la loca? ¿De qué me hablas? ¿Despedirte de mí? ¿Mi amor, el cariño de la familia, tienen menos fuerza en tu alma que el afecto á una mujer á quien ayer no conocías?... ¿Nos abandonas por Carolina?...

JUA. No, mamá, te equivocas. Dios sabe que todos sois injustos con esa pobre niña. Por mí te aseguro que no he de verla más. Carolina quiere á otro; yo no he sido ni soy nada para ella.

ESCENA X

DICHOS, CIPRIANO

CIP. (Desde dentro.) ¿Es cierto que ha venido mi hijo? ¿Dónde está? (Aparece en el foro.) ¿Era ya hora de que volviese usted á casa, caballerito? (Con seriedad afectada.)

JUA. (Queriendo besarle la mano.) Papá...

CIP. (Retirando la mano.) Papá... menos zalamerías

y más respeto quiero yo. ¿Le parece á usted bien lo que ha hecho?

NEM. (Aparte á Cipriano.) ¡Por Dios, Cipriano, háblale con cariño!

CIP. Vamos... dé usted un abrazo á su padre. (Se abrazan.) Otro más apretado. (Se abrazan de nuevo.) Así. ¡Mala cabeza! Buen susto nos has dado á todos... Y, vamos á ver, ¿puede saberse dónde has pasado cerca de dos días?

JUA. (Con sencillez y naturalidad.) En casa del Padre Juan Antonio.

CIP. ¿El hermano de tu director?

JUA. Sí, papá; él me ha acompañado hasta aquí; dentro de media hora vendrá á buscarme.

CIP. ¿Buscarte? Pues...

CARM. Es que ahora sale mi señor hermano con la gracia de que ha venido á despedirse de nosotros... puede que quiera hacerse fraile como ese señor Juan Antonio... Mira tú si yo me podré acostumbrar á llamarle... el padre Juanito...

CIP. Basta, niña. Explícate. ¿Por qué viene á buscarte ese religioso?

NEM. Sí, hijo, sí; ¡habla, por la Virgen del Carmen!

JUA. Ya lo he dicho; vengo á solicitar vuestra bendición y á despedirme de vosotros...

NEM. Dios mío, ¿pero es verdad?

CIP. ¿Pero qué dice este demonio de chico?

CARM. (Aparte.) De qué buena gana le pegaría.

JUA. Pero, papá, yo no podía figurarme que os afligiría tanto mi determinación... Quiero ser religioso; mañana ingresaré en el noviciado... Hay muchos que lo hacen...

NEM. ¡Virgen Santísima!

CIP. (Con enojo.) ¿Y lo dices con esa frescura? Sabes que das á tu madre una pena horrible, comprendes que me causas un disgusto de muerte... y sin embargo.. ¡Oh! Juanito, tienes mal corazón. (Ademán de protesta de Juanito.) Vete, vete cuando te acomode y á donde te plazca... No has sido buen hijo, no podrás ser buen sacerdote ni hombre honrado. Has venido á darnos tu despedida y á solicitar nuestra bendición; viaje inútil; sin tu des-

pedida podíamos pasarnos, y mi bendición ni he de dártela ni la necesitas

NEM. (Aparte á Cipriano.) Por Dios, Cipriano, calma. (Alto.) Juanito, piénsalo mejor; ¿por qué quieres abandonarnos? ¿No comprendes, hijo de mi alma, que esta separación nos llena á todos de tristeza?

JUA. Pero, mamá, ¡por Dios! Yo no creo que hay motivo para que te aflijas de ese modo. No se trata de que nos separemos para siempre... se trata de una ausencia á la que ya estamos acostumbrados todos... siete años he vivido separado de vosotros... y...

NEM. ¡Ah!... No sabes, no comprendes lo que yo he padecido en esos siete años; tú ignoras que en ese tiempo sólo me ha sostenido la esperanza, acariciada día y noche, de tenerte á mi lado.

CARM. (A Juanito.) Te digo que eres un verdadero monstruo.

CIP. (Procurando dominarse.) Vamos á ver. ¿Comprendes bien la gravedad de tu resolución?

JUA. Sí, papá.

CIP. No te hablo ya de la pesadumbre que causas á tu familia... Eso para tí nada vale...

JUA. Papá, yo...

CIP. No me interrumpas. No trato de conmoverte con lágrimas ni voy á persuadirte con ruegos. ¿Para qué hablar á tu corazón si has demostrado que no lo tienes? (Ademán de protesta de Juanito.) Me dirijo á tu inteligencia... Consulta con ella, pregúntale si determinación de la que depende tu porvenir es para tomada á la ligera. ¿Has pensado en esto?

JUA. Sí, papá; en todo eso he pensado... Es que decididamente no he conseguido que me entiendan... Yo no creía, no podía creer que una resolución que me parecía tan buena os causase tanta pesadumbre... ¡Oh!... créelo, papá... este mundo, al que desde el colegio me he trasladado, no sirve para mí, ni yo sirvo para él. Ni entiendo, ni me entienden; estoy convencido.

CIP. ¡Justo! Te has convencido en un par de días;

¡prodigiosa perspicacia la tuya! Pasa el filósofo gran parte de la vida estudiando á sus semejantes, observando la sociedad, y llega á viejo sin haber podido conocerlos. A tí te han bastado cuarenta y ocho horas para tan dificultoso aprendizaje.

JUA. Pero...

CIP. Hablemos seriamente... ¿El Padre ha contribuído á fortalecer tu determinación? No lo niegues.

JUA. ¿Y por qué había de negarlo? Es verdad.

CIP. Me lo figuraba.

JUA. Le ha parecido muy acertada mi resolución... y estaba seguro de que vosotros también lo aplaudiríais.

NÉM. Pues se ha equivocado. (Bruscamente.)

JUA. Ya lo veo.

CIP. Vamos con calma; ¿cómo y por qué dijiste á ese señor lo que pensabas?

JUA. Lo encontré por casualidad.

CIP. No mientas, Juanito.

JUA. No he mentido nunca, papá... Cuando tía Pepita, á pesar de mis súplicas echó de casa á Carolina, yo deseaba que ésta viniese á ver á mamá... ella no quiso... exigió que la dejase sola; me dijo... en fin, conocí que la molestaba y la dejé... (Se detiene.)

CIP. ¿Y luego?

JUA. ¿Luego?... qué sé yo... me puse muy triste... y me dieron muchas ganas de llorar... y creo que lloré... sí, estoy seguro de que lloré... tuve vergüenza de que me vierais llorando... y salí al paseo. Allí encontré al Padre Juan Antonio... me habló... y se lo dije todo...

CIP. ¿Todo?... ¿lo de Carolina?

JUA. (Con naturalidad.) No, eso á él no le importaba... Le dije que yo no podía habituarme á esta vida; que no hacía sino torpezas... que me hallaba fuera de mi centro... en fin, que deseaba hacerme religioso.

CIP. Y él...

JUA. Pues él me escuchó muy atentamente y después aseguró que veía en mí las señales con que Dios distingue á sus escogidos.

CIP. ¿Y dónde están esas señales?

JUA. Aprobó mi resolución, y me dijo que vosotros, lejos de violentar mis inclinaciones santas, os alegraríais mucho... en esto se ha equivocado el pobre señor: os alegraríais mucho de que vuestro hijo huyese los peligros del mundo para llevar una vida perfecta... Me aconsejó además que pasase algunas horas rezando, y que meditara después durante la noche...

ESCENA XI

DICHOS y TOMÁS

TOM. Señorito...

CIP. ¿Qué hay?

TOM. Está ahí un señor... así... parece sacerdote... y pregunta por el señorito... Juan.

JUA. Es él...

NEM. (Angustiada.) ¿Ya?

CIP. (A Tomás.) ¿Dónde está?

TOM. Espera en la sala.

CIP. Corriente; yo le haré saber que estas sugestiones, y... (Se dirige á la puerta de la izquierda.)

NEM. Cipriano, por Dios, ten prudencia. (Se dirige hacia la puerta. Juanito le sigue.)

CIP. (A Juan.) ¿A dónde vás? Quédate aquí. Creo que todavía puedo exigirte que obedezcas mis órdenes.

JUA. Eso siempre. (Inclinándose con respeto. Tomás vase por el foro. Nemesia y Cipriano han salido por la izquierda.)

ESCENA XII

CARMEN, JUANITO

CARM. Padre Juanito... eres un badulaque...

JUA. Hermana... (Quiere acariciarla.)

CARM. ¡Eh! ¡Cuidado que nos has dado desazones en

pocos días. Para este viaje, valía más que te hubieras quedado en el colegio.

JUA. ¡Ojalá!

CARM. ¡Ojalá! ¿Y por qué?

JUA. Carmen, tú eres muy niña y no comprendes...

CARM. ¡Miren el abuelo!... Pues yo te digo que lo que has hecho lo entiende cualquiera, y cualquiera lo llama una ingratitud...

JUA. No sabes...

CARM. ¿Pues no he de saber? Sé que te haces fraile porque no te quiere mi costurera... (Movimiento de protesta de Juanito.) Nada, nada... no es más que eso. ¿No es eso una ingratitud? Pues es una majadería.

ESCENA XIII

DICHOS, FELIPE

FEL. (Se acerca en silencio á Juanito y le da una palmada en el hombro.) Buena pieza.

JUA. Tío...

FEL. Yo soy... yo soy, que te quiero más de lo que mereces... Ea, lo pasado, pasado, y á ser hombre de juicio... ¿verdad? (Pausa.) Mira, vengo de buscarte en el cuartel de la Montaña...

CARM. ¿En el cuartel? Pues había usted equivocado el camino... porque él quiere meterse en un convento...

FEL. (Asombrado.) ¡Caracoles! ¿Pero es verdad eso, muchacho?

JUA. Sí, es verdad.

FEL. ¿Quién te entiende? Ayer cortejando modistas; hoy pretendiendo ser fraile. Mira, locura por locura, prefiero la primera... Vale más. A propósito... ya sabrás que Carolina es la... Y, ahora caigo... ¿sabes que no ha sido ningún desatino el enamorarte de esa muchacha? Nada, te protejo. Yo estoy seguro de que la chica es buena...

JUA. Un angel, tío, un angel...

FEL. Corriente... y aunque no sea tanto... si ha salido á su padre, será noble... digna... ya verás, ya verás. (Pausa.) Puede que haya alguna desproporción en las edades, pero eso no importa... mira, entre tu tía y yo también la hay... aunque al revés, naturalmente... y siempre nos hemos querido mucho. Vaya, vaya con Carolina... Pero, muchacho, ¿no te alegras?

JUA. Sí...

FEL. Pues lo disimulas. ¿Estais de monos? Entre enamorados eso es cosa corriente; pero pasa luego.

JUA. Carolina... va á casarse uno de estos días. (Amargamente.)

FEL. ¿A casarse? Eso, lo veremos: las circunstancias no son las mismas, y...

ESCENA XIV

DICHOS, LORENZO (sin ver á JUANITO)

LOR. Albricias, albricias...

CARM. Lorenzo.

LOR. La carta produjo efecto maravilloso; pronto sabremos dónde está Juanito.

CARM. ¡Já, já, já! (Se ríe mirando á Juanito.)

LOR. Viene Carolina... (Lorenzo comprende las risas de Carmen.)

JUA. ¿Carolina? (Con alegría.)

LOR. ¿Eh? (Sorprendido.) ¡Toma! ¿estás tú aquí? Pero, ¿cómo?...

FEL. (Interrumpiéndole.) Ya te lo diremos luego... ahora vamos á lo que importa... ¿estás seguro de que vendrá Carolina?

LOR. Como que salió detrás de mí.

FEL. Pues necesito que me dejeis hablar un momento con ella. (A Juanito.) Tú no te vayas muy lejos. Y si te da la tentación de escuchar lo que hablamos... no me enfadaré por eso. (A Lorenzo.) Tú haz que avisen á Pepita para que venga inmediatamente.

LOR. (Aparte á Carmen.) Voy... (Como consultándola.)

CARM. (Aparte á Lorenzo.) Vé; ya estoy curada de celos.

FEL. Ea, pronto. (A Juanito.) Tú entras cuando te parezca.

JUA. Voy... (Vase por la derecha.)

LOR. Y yo...

FEL. Tú cuando yo te avise. (A Lorenzo.)

LOR. Corriente... (Vase; al salir encuentra á Carolina, á quien saluda respetuosamente.)

ESCENA XV

CARMEN, FELIPE y CAROLINA

CAR. Señorita...

CARM. (Corriendo á su encuentro y abrazándola.) ¡Carolina!... ¡Cuánto agradecerá mamá su apresuramiento en complacerla!

CAR. ¡Ah! señorita: era mi deber... No hago sino probar, como puedo, mi gratitud... Por desgracia, temo que mi venida no le ha de ser util para nada; yo...

CARM. ¿Quién sabe? (Pausa.) Voy á decir á mamá que ha venido usted... En seguida vuelvo... Dejo á usted acompañada por mi tío. (Presentándole. Vase.)

CAR. (Al verle.) ¡Ah! (Aparte.) ¡El otra vez!

ESCENA XVI

FELIPE y CAROLINA

FEL. Carolina. (Rectificando.) Señorita. ¿Usted me conoce?

CAR. (Con sencillez.) Sí, señor.

FEL. ¿Está usted segura de saber quién soy yo?

CAR. Sí; usted fué el amigo más querido, el hermano de mi padre. (Pausa breve.) No era posible que yo olvidara esa fisonomía, porque desde muy niña he visto en casa, y al lado del de mi querido padre, el retrato de usted.

FEL. Lo conservó siempre, ¿verdad? Yo conservo también el suyo... Ya lo verá usted en casa...

¡Eran otros tiempos aquellos!... ¿He variado mucho?

CAR. No, no señor; ya vé usted que le he conocido...

FEL. ¿Qué señor ni que?... dime padre; voto al... que estoy rabiando por llamarte hija y darte un abrazo...

CAR. (Muy conmovida.) Gracias... (Se abrazan.)

FEL. ¡Pobre Carlos! (Mirándola atentamente.) ¡Y cómo te pareces á él! Los mismos ojos... la misma sonrisa de bondad... Sólo te faltan aquellos bigotazos... (Cambio de tono.) Pero, tu madre y tú ¿cómo no procurásteis darme noticia de vuestro paradero?

CAR. Mientras vivió mi pobre madre lo intentamos alguna vez; pero siempre nos contestaban que usted estaba perseguido.

FEL. Es verdad. (Bruscamente.) ¡Maldita sea la política!

CAR. Cuando, ahora hace dos años, perdí á mi pobre madre... (Procura ahogar un sollozo.)

FEL. Llora, hija mía, llora; las lágrimas son desahogo para el corazón... Ya ves, yo estoy á punto de ahogarme y es porque me dá vergüenza llorar... ¡Por vida de...!

CAR. Desde entonces no pregunté más. Hace cuatro días, al salir de esta casa, ví á usted; le conocí en seguida y quise gritar: «soy la hija de Carlos Ariza»... pero la emoción me venció y perdí el conocimiento. Después...

FEL. Sí; después se cometió contigo una injusticia, que yo he de hacerte olvidar á fuerza de cariño y... Y á propósito (Transición brusca.) de cariño... ¿Es cierto que vas á casarte?

ESCENA XVII

DICHOS y JUANITO

CAR. ¿Yo? (Con extrañeza.) No, señor.

JUA. (Que se ha aproximado á ella poco á poco sin ser sentido.) ¿Conque no? ¿Y usted no sabe, señorita, que la mentira es grave pecado?

CAR. ¿Cómo? ¿Usted aquí?

JUA. En casa de mis padres; me parece muy natural.

CAR. Su mamá de usted me decía...

JUA. Que me había extraviado... es verdad; pero ya he parecido...

ESCENA XVIII

DICHOS y PEPITA

FEL. Cierto: los dos habeis parecido al mismo tiempo... Porque á tí, hija mía, te buscábamos mi mujer y yo... con igual empeño que á este tronera.

PEP. Y no sabes (Abrazándola.) las gracias que le doy á Dios por haberte encontrado...

ESCENA XIX

DICHOS, CIPRIANO, CARMEN y NEMESIA

CIP. Juanito.

JUA. Papá. (Se separa de Carolina y se acerca á Cipriano.)

CIP. El padre nos encarga que le despidamos de tí.

JUA. ¿Ya se ha marchado?

NEM. Ahora mismo.

JUA. Señor... ¿pues no (Aparte.) me parece que me alegro?

NEM. Hemos convenido con él en que sería prudente aplazar por unos meses tu ingreso en el noviciado...

CIP. Para que conozcas antes el mundo; pero esto se entiende, si tú estás conforme.

JUA. Pues sí lo estoy. Y (Aparte.) hasta puede ser que me vaya acostumbrando á él.

ESCENA XX

DICHOS y LORENZO

LOR. Pero, ¿no puedo yo entrar todavía?

FEL. Sí, hombre, sí; (Sonriéndose.) es que se me había olvidado avisarte. (Lorenzo se dirige á Carmen, con quien habla cariñosamente. Carolina y Juan hablan con animación en otro extremo. Pepita, Nemesia y Felipe forman un tercer grupo, al cual se aproxima Cipriano para decir las palabras que siguen.)

CIP. ¡He conseguido un triunfo! Confío en el tiempo, para que se le vaya esa idea de la cabeza. (Á Felipe.)

FEL. Gran auxiliar (Sonriendo.) es el tiempo; pero el amor es más poderoso. (Señalando al grupo de Carolina y Juanito.) Ese fué siempre el sólo antídoto eficaz contra determinadas vocaciones... Y demos también muchas gracias á la diosa casualidad, que nos ha sacado en bien á tan poca costa de este *primer choque.*

FIN DE LA OBRA

NOTA IMPORTANTE

Faltaría yo á las más elementales prescripciones de la justicia, y desatendería imperiosas exigencias de la gratitud, si no diese aquí público testimonio de mi reconocimiento al insigne MARIO *y á los celebrados artistas que, bajo la dirección de aquél, han estrenado esta comedia. A ellos, á todos y á cada uno, se debe,—sinceramente lo creo y francamente lo declaro—no ya en gran parte, sino en todo, la acogida benévola que el público ha otorgado á* El primer choque.

A Emilio Mario y á Ramón Rosell pertenecen, y en la obra están, algunas de las frases que más efecto causan en la representación. Ni á ellos ni á las actrices y los actores que les han acompañado en el desempeño de la comedia, puedo considerarlos como intérpretes *de mi pobre trabajo, sino como verdaderos* coautores, *á quienes envía desde aquí un cordialísimo apretón de manos su amigo y colaborador*

A. SÁNCHEZ PÉREZ

3 0112 117492931

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.